



ÉPOCA 3.^a—AÑO IX.—TOMO VII

NÚMERO 11.—Madrid 15 de Abril de 1884

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2
Un año.....	4

BIBLIOTECA
MUNICIPAL
MADRID

DIRECTOR

DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fr.
Un año.....	6

SUMARIO

TEXTO. — Revista, por Nulema. — Crónica universal, por D. M. Riera. — Quiero ser periodista, por Blas. — Don Manuel Tamayo y Baus. — Los grabados. — La virtud, por J. Selgas. — La Pascua de Resurrección, por T. C. R. — Elogio de San Pedro González Telmo (conclusión), por D. R. Segades Campoamor. — A la corona de espigas. — Un discurso del Ilmo. P. Fr. Tomás Cámara, Obispo auxiliar de Toledo. — A la Iglesia, por X. — Dos victorias en un solo combate, por D. M. Polo y Peyrolón. — La rosa blanca de los Kermades (continuación), por D. Angel Zarzuelo de Cancio. — Conocimientos útiles. — Un taller católico. GRABADOS. — Don Manuel Tamayo y Baus. — Recuerdos de Andalucía. — Estatua de Cristóbal Colón.

REVISTA

ALGUNOS socios del Círculo venatorio, para distraer los ocios de la veda, se ocupaban el martes de la Semana Santa en jugar al treinta y cuarenta, cuando de improviso se presentó en el local la autoridad, y dando el alto de ordenanza comenzó á cazar cazadores con una actividad tan grande que, á pesar de ser gente ducha en correrías, fueron cayendo en sus redes hasta cerca de veinte, habiendo escapado los demás, que no bajarían de sesenta á setenta, por todos los huecos del edificio convertidos en conejos perseguidos por galgos.

El escándalo fué de los mayores que se han visto en este terreno, pues la noticia cundió al público, y los detenidos fueron acompañados al juzgado de guardia por una muchedumbre clamorosa, que se gozaba en tan extraña carcería. Inmediatamente comenzaron los cabaldeos de los prohombres del Círculo, vinieron las explicaciones de los unos, las atenuaciones de los otros, las disculpas de todos, y mediante una fianza de mil reales fueron puestos en libertad los cazadores cazados.

No sabemos el resultado de la causa que se habrá entablado; pero abrigamos el temor de que todo se quede en agua de cerajas, pues los conejos eran gordos, la conejera respetable, y los lazos y redes muy elásticos para permitir al favor y á la influencia contrarrestar el rigor de las leyes que castigan el juego.

La ocasión, sin embargo, para sentar la mano al desastroso vicio del juego era como ninguna; primero, porque la mayor notoriedad del hecho haría más ejemplar el castigo; y segundo, porque el pueblo, ese pueblo pervertido por las corrientes de la demagogia, aprendería que la vara de la justicia no se doblega al peso de los ricos, que es su frase, sino que cae sobre el culpable sin mirar si viste frac ó chaqueta, si es marqués ó menestral, si vive en un palacio ó en una buhardilla.

Otra circunstancia agravante hallamos en el delito presente, y es el abuso de convertir un Círculo venatorio en garito de juego, burlando así, no sólo á la autoridad, que protege con su aprobación el primero, sino al público, á la sociedad en general, que distingue con su benevolencia á ese Círculo, nocente en la apariencia, para que á la sombra de esa

benevolencia se establezca un garito donde se pierda la fortuna y la paz de muchas familias.

La autoridad debe ser rigurosa en el castigo del abuso, pues es imposible que la Junta del Círculo no supiera que se jugaba en él, y si lo sabía y no lo remediaba resulta cómplice del abuso y encubridora del juego.

Más de una vez hemos hablado de la tendencia que hoy se nota en Madrid á constituir círculos y casinos bajo todo género de denominaciones y pretextos; pues si la autoridad no procura que cada institución de esta clase se mantenga dentro de su reglamento, resultará que Madrid llegará á poblarse de casas de juego con denominaciones pomposas, que serán mayor estímulo al vicio que las leyes castigan y la moral reprueba.

Hoy ha caído en la red el Círculo de la caza; pues aplíquense algunas de sus prácticas, pues raro es el cazador que suelta la presa.

Si la caza se escapa, ¿qué pensaremos de las redes y de los cazadores?

Ya que todos los años se repite el escándalo, queremos que todos los años se repita también nuestra protesta: nos referimos á las representaciones de los llamados dramas sacros, que á nuestro juicio no debieran en manera ninguna tolerarse ni consentirse.



DON MANUEL TAMAYO Y BAUS.

Decían los periódicos noticieros, en su sección de teatros, el Domingo de Ramos:

«En el teatro de Novedades continuarán el lunes y martes de esta semana las representaciones de *Los Siete Dolores*, en cuyo drama sacro tantos aplausos recibe el primer actor D. Ricardo Morales en su papel de Jesús.

«La Empresa se propone dar en estas Pascuas una serie de representaciones, poniendo en escena dramas de gran espectáculo (léase bailes escandalosos), siendo la primera *El hijo de la noche*, cuya representación se verificará el *Sábado de Gloria*».

¿No repugna hasta al oído esta mezcla de cosas santas y profanas, de *Los Siete Dolores* con *El hijo de la noche*, de la gloria de la Resurrección con los atractivos de un espectáculo obsceno? Pues nada menos que en cinco teatros se han representado este año dramas sacros, alternando en algunos con otras obras de dudosa moralidad y de radicales contrastes.

En los lugares de costumbre hemos estado viendo los anuncios de estos dramas, que eran por sí solos un espectáculo extraño y escandaloso: una enorme cruz, comprendiendo dentro el anuncio, y en el pie los nombres de los actores y la tarifa del teatro.

En uno de los carteles vimos: á la derecha de la cruz el anuncio de la *Mascota*, que se representaba en Price, y á la izquierda *La pata de cabra*, que tal como hoy se representa no puede ser más desenvuelta, por no decir más desnuda. Se dirá que estos pormenores son cosa de poca monta; pero los pormenores no hacen sino revelar el mal y la fealdad de tales representaciones, que constituyen un verdadero desacato contra los sagrados misterios de nuestra religión sacrosanta.

No estamos, por desgracia, en los tiempos de Calderón de la Barca, cuando la representación de los autos sacramentales edificaba á la muchedumbre y se consideraba como parte integrante de las fiestas religiosas celebradas con extraordinaria pompa en los pueblos profundamente cristianos. Hoy las representaciones escénicas están desacreditadas y prosituidas hasta un punto que decir función de teatro es alarmar á los verdaderos católicos; porque la dramaturgia realista por un lado y la pantomima obscena por otro se han apoderado de las tablas, cubriéndolas con la podredumbre de los vicios y con el lodo de la sensualidad, alejando de los teatros á las personas de conciencia timorata y llamando con tales reclamos á la populacheria envidiada de los garitos y de la plaza pública.

En tales condiciones, ¿qué carácter han de tener los dramas sacros, representados por actores sin fe, en escenarios deshonorados por las pantomimas cancanescas, y ante un público ávido de carne cruda y de emociones livianas? Condenando estas representaciones en presencia de un actor, nos decía éste confirmando nuestro juicio:

—¡Si viera usted á qué chistes se presta todos los años la distribución de los papeles! ¡Quién ha de hacer de Virgen, quién de Magdalena, quién de ladrón, quién de Judas!

A nosotros no nos sería difícil el adjudicar el papel de Pilatos.

La Semana Santa se ha celebrado en Madrid como todos los años. Decir que los templos se han visto muy concurridos no es decir mucho cuando se trata de una población de cuatrocientas mil almas, que tiene treinta ó cuarenta iglesias no muy espaciosas y otros tantos oratorios, que serían pequeños para una aldea. ¿Qué extraño es que los templos se vean muy concurridos? ¿Pues no faltaba más sino que el Jueves Santo se vieran muy desahogados, cuando entre todos ellos no podrán contener más de veinte á treinta mil almas!

Madrid se ha vuelto un pueblo muy indiferente; más de la mitad de sus habitantes no practican, y sin que pueda decirse que están muertos para la fe, viven en un estado tan lastimoso que parecen más bien paganos que cristianos, alimentados sólo por las pasiones, que son su verdugo.

Pues si la mitad de Madrid tomase parte en las funciones de Semana Santa, ¿dónde se iban á meter tantas almas? Hace un siglo que Madrid tenía la mitad de la población que hoy cuenta, con tres veces mayor número de templos, y en las narraciones de aquella época se dice que en las grandes festividades de la Iglesia ocurrían hasta conflictos, porque los templos eran insuficientes para encerrar tanta concurrencia, que, llena de entusiasmo religioso, se precipitaba en las iglesias, con ardiente afán de tomar parte en las solemnidades y misterios del culto.

Nuestro pesimismo no llega, sin embargo, hasta el punto de creer que la fe está muerta en la mitad de la población de Madrid: le falta poco, pero no está muerta.

Aplíquesele el fuego de la caridad y de la palabra divina, y se la verá removerse dando señales de vida. No hay más sino que el fuego tiene que ser muy intenso, porque el estado de las almas es de postración casi cadavérica. Estamos en riguroso invierno: que brote un rayo de sol, y se verán abrirse algunas flores. ¿Cuándo se despejará el cielo, y el sol, en la plenitud de su fuego, derretirá la nieve de nuestros vicios, y hará renacer, encantadora y bella, la primavera de las almas?

El que haya asistido el domingo de Ramos á la Comunión de San Ginés, digno remate y ópima cosecha de las Conferencias cuaresmales del P. Cámara, habrá podido ver cómo renacen las almas al contacto de un rayo de sol, y cómo en medio de la indiferencia general no faltan motivos de esperanza para la sociedad y para la Iglesia.

Se aproximaría si no llegaron á mil los hombres que comulgaron de manos del Sr. Obispo, el cual, con ese entusiasmo que tanto avalora las prendas de su entendimiento, habló antes y después de la comunión para encarecer la importancia del acto, y para exigir firmeza y perseverancia á los piadosos concurrentes.

Por tres veces protestaron éstos con la voz de un solo corazón de sus propósitos y resoluciones, y el Prelado, arrebatado por la caridad, los bendijo á todos con una ternura y con un amor que hicieron conmovérsele á los más duros y saltar lágrimas de los ojos de la mayor parte.

Nosotros salimos de la iglesia con el corazón lleno de consuelos y de esperanzas. En la multitud de palmas que se alzaban en el atrio nos parecía columbrar el día de la próxima victoria en que la Iglesia vuelva á enseñorearse de la sociedad y de los hombres.

Ya se están imprimiendo, y pronto se pondrán á la venta, las Conferencias filosóficas del Sr. Obispo auxiliar.

La Administración de nuestra Revista está encargada de la edición, que será esmerada y al alcance de todos.

Esperamos que se difunda por España el mucho fruto que han obtenido en Madrid.

Cerramos esta Revista cuando la Iglesia, despojada de sus vestiduras de luto, canta la gloria de la Resurrección de Jesucristo.

Infúndenos, Señor, como reza la Iglesia, el espíritu de caridad, para que los que habéis alimentado con los sacramentos de la Pascua vivan por tu piedad unidos en santa concordia.

¿Qué otra es, en estos días, la aspiración de los católicos españoles? Quiera el Señor que se realice, para que la *aleluia* del triunfo anuncie al mundo la Resurrección de España.

NULEMA.

CRÓNICA UNIVERSAL



En el Consistorio del día 27 de Marzo, de que hablamos en nuestra crónica anterior, Su Santidad pronunció una alocución tan elocuente como todas las suyas, protestando energicamente contra la conducta del Gobierno italiano, que pone á la Santa Sede en el riguroso trance de adoptar medidas energicas para salvar los derechos de la Iglesia, continuamente atropellados, con daño de la justicia y de la Religión.

Esta alocución ha causado un verdadero pánico en los *italianisimos*, hasta el punto de que en Roma se cree casi seguro que el Gobierno presentará á la aprobación de las Cámaras una ley exceptuando la Propaganda de la conversión de los bienes eclesiásticos. El tema de que el Papa abandone á Roma hace temblar, y con harta motivo, al rey Humberto. La salida del Papa sería indefectiblemente el triunfo de la demagogia.

Toda la Prensa de Europa ha protestado contra el fallo del tribunal de Roma respecto á la conversión de los bienes de la Propaganda, y ya puede comprenderse que la protesta tiene en algunos diarios un carácter meramente político, pues hasta la *République Française* está incluido en este número. Los periódicos alemanes, por ejemplo, no pueden perder de vista que la salida del Papa podría complicar en daño suyo la situación de Europa. Por eso la *Allgemeine Zeitung*, órgano del Gobierno, ha declarado que «ninguna potencia que tenga súbditos católicos puede ser indiferente respecto del centro hacia el cual gravita el mundo religioso».

Su Santidad celebrará, según se dice, otro Consistorio en el mes de Junio, donde se crearán siete nuevos Cardenales, dos de ellos franceses y uno de España, que regularmente será el de Granada.

La salud del Padre Santo continúa siendo inmejorable.

El famoso príncipe de Bismark, que hace más de veinte años impone su voluntad á Europa, cumplió el primero del corriente setenta años; y aunque los hombres del Norte no se gastan tan pronto como los del Mediodía, sin embargo, el Canciller alemán está muy viejo, y no puede estar lejano el día en que desaparezca de la escena.

Tal es el asunto que en estos días preocupa á los alemanes, pues se dice que el Canciller quiere dimitir sus cargos antes de que lo destituya la muerte, á cuya pretensión se opone el Emperador, incondicionalmente adherido á la política de su primer ministro. Todo lo más que puede creerse en este particular es que el Emperador dé su consentimiento para que Bismark no figure como ministro de Negocios extranjeros ni de Comercio, como lo es actualmente; pero lo seguirá siendo bajo cuerda, y las cosas llevarán la marcha que él les imprima.

Lo que más molesta al Canciller es la cuestión religiosa; comprende que es preciso ceder ante las reclamaciones de los católicos, pero no quiere que le digan que ha ido á Canossa, es decir, que ha bajado la cabeza ante la Santa Sede.

El Emperador acaba de cumplir ochenta y ocho años, y la misma edad alcanza el general Molke; y aunque ambos parecen gozar aún de las fuerzas de la juventud, la más leve indisposición puede derribar á estos tres viejos poderosos y cambiar en pocas horas la faz de los asuntos europeos.

Las últimas noticias de Rusia son poco satisfactorias. Los nihilistas no cesan de conspirar, y aunque la policía les va á los alcances, cada trabajo descubierto demuestra un grado más de *progreso* y de perseverancia.

El subdirector del polvorín de San Petersburgo ha sido preso por recaer en él sospechas de complicidad, y también han sido detenidos dos ricos industriales que prestaban su apoyo á los revolucionarios.

Es la gangrena que brota de la sangre inficionada. ¿Cuándo se le aplicará el único bálsamo que posee en sus tesoros la Iglesia de Cristo? ¡Ojalá que no sea tarde cuando los Príncipes y Gobiernos de Europa abran los ojos á la verdad cristiana!

El Gabinete inglés no está muy seguro. En todas las elecciones parciales que se celebran ganan los conservadores, y además la salud de Mr. Gladstone, que frisa ya con los ochenta, se resiente del excesivo trabajo.

En la Cámara de los Comunes sufrió hace pocos días el Gobierno una derrota sobre la proposición de Mr. Pell pidiendo la reducción de los impuestos locales. Sin embargo, á pesar de las voces de la oposición, que pedía las dimisiones de los ministros, éstos permanecen en sus puestos en actitud de reñir una recia batalla.

El campo elegido parece ser la reforma electoral, que eleva á dos millones el número de electores. La batalla se dará en la Cámara de los Lores, pues la de los Comunes ha aprobado por 340 votos contra 210 la segunda lectura del proyecto. Si el Gobierno lo saca adelante, su vida podrá prolongarse; de lo contrario, su caída es inevitable.

La cuestión de Egipto le quita muchas simpatías, pues se le acusa, y tal vez con razón, de haber empeorado por su falta de energía las cosas de aquel país, presa de la insurrección y de la anarquía.

La guerra no adelanta un paso, lo que equivale á decir que mejora la situación de los insurrectos. En cambio el general Gordon no recibe los suspirados socorros, y se mantiene en una posición difícil y sumamente comprometida.

Entretanto el rey de Abisinia acumula tropas en la frontera para rechazar la insurrección. Este hecho puede convertirse en una grave complicación, porque Abisinia se halla en mejor posición y circunstancias más favorables para intervenir en Egipto que los ingleses. De todos modos, Egipto va á salir mal de las garras de la presente guerra. Lo que falta averiguar es cómo saldrán los ingleses.

Siempre empeorando.

Tal es la situación de Francia. La Cámara de los diputados ha aprobado el nuevo sistema electoral del Ayuntamiento de París, según el cual los barrios conservadores quedan anulados por los más populosos, y los concejales elegidos por pocos votos aplastados por los que obtengan mayor número; de modo que el triunfo será del populacho, es decir, de las huestes de la *Commune*.

Tan grave es la cosa, que el Senado, á pesar de su debilidad, lo rechazará; pero en este caso se ensancha y ahonda el abismo abierto entre ambas Cámaras.

En Rubaix se ha celebrado un congreso socialista, en el que se han leído cartas de adhesión de casi todas las naciones de Europa, incluso España. Los socialistas belgas aconsejan á sus hermanos el procedimiento de las sangrías para preparar el triunfo. Buena lección ha llevado el representante de un casino de Rubaix, el cual fué expulsado del Congreso por ser propietario, pues como tal explota á sus inquilinos y renteros. Que se miren en ese espejo los revolucionarios que poseen, que los hay hasta con coche.

Ha merecido hasta los honores de un comunicado por telégrafo la declaración de Mr. Després, médico del primer Hospital de París, en el *Journal des Débats*, el cual, aunque republicano y libre pensador, demuestra la superioridad del servicio de las enfermeras religiosas sobre las laicas como contraria al interés de los pobres. «El despotismo, añade, de las enfermeras laicas es tan odioso, que puede hasta comprometer los intereses de la República.»

Bueno es que lo vayan conociendo. Lástima es que no lo experimentaran en cabeza propia Mr. Ferry y colegas de impiedad.

Las Cámaras francesas se han suspendido hasta Mayo. Al reanudar las sesiones, uno de los proyectos más graves que se discutirán es el referente á la abolición del Concordato de 1801, que dió la paz á la Francia católica después de la revolución del 89. La República quiere legalizar su guerra al Catolicismo derribando la valla del Concordato, tantas veces saltada, sin respeto á las leyes divinas ni humanas.

El refrán que dice «detrás vendrá quien bueno te hará» puede aplicarse á la antigua *fe púnica* comparada con la fidelidad republicana para cumplir los tratados, los compromisos solemnes y las leyes todas del derecho de gentes.

La guerra de Tonkín no ofrece otras novedades que la ruina de muchas misiones católicas en Annám, por efecto de la irritación en que están los naturales del país contra los europeos. Ultimamente han succumbido al furor de los annamitas cinco misioneros franceses y treinta catequistas.

Quiera el cielo que la sangre de estos mártires atraiga sobre la pobre Francia las misericordias divinas.

El emperador de Austria es un príncipe lleno de buenas intenciones; pero desgraciadamente no siempre ve claro y se deja arrastrar por sus ministros á donde no quisiera ir, con daño de la Religión, que él quisiera proteger. Ahora acaba el Gobierno de tomar una medida gravísima, contra la que se han levantado todos los Prelados.

Considerando que las Obras de la Propagación de la Fe y de la Santa Infancia tienen muchos suscritores en Austria, ha dirigido una circular á los Obispos encargándoles que el producto de las colectas para estas obras se remitan al Gobierno, el cual los des-

Los continuos trabajos iban minando aquella preciosa existencia: comprendió luego que se acercaba el día en que había de recibir la corona debida á sus merecimientos, y se dirigió á Tuy, su ciudad predilecta; predicó allí y en su antigua catedral durante la Semana Santa, como en despedida de los que tanto había amado en el Señor.

Religioso observante y bueno, quiso morir en brazos de sus Hermanos, y convaliente aún de la enfermedad que le había aquejado después de la Pascua, se dirigió hacia su convento de Santiago de Compostela; pero la Providencia quiso que su cuerpo quedase depositado en la tierra cultivada por él para el reino de Cristo, y así fué que no muy lejos de la ciudad, en la villa de Santa Columba, sintióse gravemente enfermo; y alumbrado por divina luz conoció al punto que se acercaba su última hora, y diciéndoselo así á su inseparable compañero fray Pedro Martínez, rogóle le ayudase á volver á Tuy, una vez era ésta la voluntad de Dios.

Cumplíronse sus deseos, y trabajosamente llegó á la casa de un devoto amigo suyo, á quien amaba tiernamente, y allí se hospedó con gran satisfacción del dueño. El mal fué aumentando, y el triste momento de partir de este mundo se acercaba; antes de que llegase, díjole á su amigo: «Viene mi hora, hermano mío, y parece regular que yo reconozca la buena obra que has hecho conmigo acogéndome en tu hogar; pero bien sabes que soy muy pobre, y tanto que nada poseo con que pueda corresponder á tus beneficios; sin embargo, hé aquí el cordón que rodea mi cintura, tómallo en memoria mía; es bien pequeño el recuerdo, pero podrá servirte en algún tiempo.»

Recibió el huésped tan preciosa dádiva con humildísimo gozo, en medio del profundo dolor que sentía con la muerte de este Santo varón, y á poco de esto subió al cielo aquella bendita alma, el año del Señor 1246.

Luego se extendió la triste nueva de su muerte por la ciudad que tanto había edificado con su ejemplo y su doctrina. Era por entonces Obispo de aquella diócesis D. Lucas de Tuy, varón muy celebrado por su virtud y letras; conocía á San Pedro González Telmo, y estaba muy al cabo de sus méritos y prodigiosa vida, y preparó con esmero todo lo necesario para honrar sus cenizas como el caso requería. Presidió sus funerales, y por sus propias manos le colocó en la sepultura que había mandado abrir entre el coro y puerta principal de su iglesia.

V

Así terminó sus días este ilustre hijo de la esclarecida Orden de Predicadores, en medio de la pobreza y de la más santa humildad. ¡Aun el albergue donde vino á morir fué prestado y debido á un alma buena y caritativa, y para demostrarle su agradecimiento no tuvo otra cosa que dar más que la pobre correa con que ceñía el hábito!..

¡Quién hubiera reconocido en Fr. Pedro González Telmo al arrogante y galano deán de Palencia! ¡Oh poderosa virtud de la Religión, que así conmueve los corazones y vence los locos deseos, y eleva los hombres á igual de los ángeles del cielo!

Este desprendimiento de lo terreno, este olvido de sí mismo, esta abnegación sin límites que acompañan siempre á los varones enviados por Dios para nuestra enseñanza, son las más claras y visibles maravillas que declaran y ponen de manifiesto el poder divino.

Un hombre revestido sólo con la más profunda humildad, sin más armas que la propia virtud de su doctrina, atraviesa y recorre un país desmoralizado por las continuas guerras y los abusos del poder; llega y le oyen todos, le siguen, le veneran y se reforman, convirtiéndose de todo corazón á Dios, conociendo sus yerros.

eos subito aeris intemperie insurrexit a parte maris ventus quidam mixtus fulgure et turbine, ac intensa pluvia, vehemens adeo et terribilis, quod in tantum perterritum populum, quod omnes fugere disponebant, et solum ipsum dimittere paedicanter: quo visso vir Deo plenus, cujus cor fiduciam erat habens in Domino, spiritu quidem pollens propheticum ait: Constante stote, ac intrepide quiescite charissimi, nec paveatis: ille enim quem ventus, terra, pontus colunt et aethera, ad cujus mutu corundem motus disponuntur, hanc tempestatem modo ad vestros oculos sic dividet, quod nostrum alicui in aliquo non nocebit. Mira res! haec eo dicente, et elevata ejus dextera versus cunctum populo jam appropinquantem tempestatem, ea ipsa veluti ipsius manus motui ac verbi imperio obediens se divisit juxta sermonem viri Dei in duas partes, sic quoque quod cum in circuitu ex parte populi tanta esset aquarum inundatio, tot imminere fulgura et coruscationes, quod regio tota pene sumergi videretur, serenitate quidem insperata maxima super ipsum facta populum, nec una sola gutta eos tetigit ad plurimum spatium cubitorum.», Legenda B, etc., n.º 15.

Las verdades que predica son ya viejas, pero suenan como nuevas por olvidadas, contienen y encierran la admirable doctrina que el Salvador repitió é inculcó á todos. Con ella alecciona á los fuertes y defiende á los débiles, diciéndoles que todos son iguales ante la justicia divina, que el más pequeño que observa la ley es á sus ojos más grande que el que el mayor potentado de la tierra que la desprecia; añádeles que el poder y la autoridad emanan de Dios y que la caridad es el fundamento de todas las virtudes, y que toda justicia debe ser ordenada y regulada por los mandamientos divinos y conforme con ellos.

Así contribuye San Pedro González Telmo á la regeneración religiosa y social del pueblo gallego, que en otras partes iban preparando los fundadores de las Órdenes, como aquella á que él pertenecía, y que por entonces brillaban en España.

Era el Santo de pequeña estatura, de aspecto simpático, de natural dulce y suave, de alegre rostro y apacible condición, tan humilde y compuesto en sus pensamientos y maneras que de todos era amado. Tal es el retrato que de él nos dejó hecho el anónimo autor del *Leyendario*¹; pero su mejor retrato son sus mismas obras, que yo imperfectamente acabo de diseñar en el presente elogio, fruto poco sazonado de investigaciones ajenas y propias; ellas nos revelan las altas virtudes que le distinguieron y le colocan en justicia entre los hombres destinados por la Providencia para la regeneración de nuestra patria, según ya hemos dicho y repetimos con gusto; aparte de la santidad, Pedro González Telmo representa ante la humana filosofía el ejemplo acabado del varón más digno de admiración y alabanzas. Venerábase el pueblo ya durante su vida, y después de su muerte aclamaronle como Santo y patrón de toda aquella tierra; mas deseaban, sin embargo, que Roma confirmase el culto popular. Las Memorias que existen de la Iglesia Tudense no conservan la bula que de su beatificación citan algunos autores; la Orden, sin embargo, á que pertenecía y los obispos de Tuy, Braga y Lisboa trabajaban de consuno para conseguir su canonización; consiguióse al fin, y Roma expidió el decreto tan esperado de todos cuantos conservaban con amor la memoria de Pedro González Telmo². Antes de esto ya D. Diego de Avellaneda, que gobernaba aquella diócesis (1529), hizo la translación de su sagrado cuerpo, colocándole en la capilla de los Obispos, y poco después D. Diego de Torquemada, uno de sus sucesores, edificó á sus expensas la suntuosa capilla donde en el día se le da culto y veneración.

¡Honra y gloria sea dada por siempre al esclarecido propagador de la doctrina de un Dios de paz en medio de nuestros hermosos valles y ricas comarcas, devastadas por las continuas guerras, ecos de las mal contenidas pasiones de las hombres, y por el trabajo comienzo de la vida de los pueblos! La gratitud sea, ya que no otra cosa, la que sostenga la devoción y recuerde su memoria entre los pueblos gallegos. Y que esta pobre patria, por los hombres del poder desatendida y menospreciada, sea á lo menos grande y espléndida en el reconocimiento á los beneficios recibidos de aquellos que, como San Pedro González Telmo, consagraron toda una vida de penitencia y austeridad á hacer menos dura y más

¹ «Cum esset quamquam non longus corpore aspectu attamen placidus, naturalis suavis alloquio, hilaris facie, ac adeo cuncta morum interiori et exteriori honestate compositus ut omnium in eum aspicientium mox affectibus illabere-tur.», *Leyendario*, etc.

² Sandoal y Bzovius, citados por el P. Florez. Pueden verse en la obra del docto agustino las razones y noticias que sobre este punto expone minuciosamente. Resulta, sin embargo, que no existe un dato seguro sobre el año y más circunstancias de su beatificación, y que todas las diligencias que se han hecho para descubrir la bula han sido inútiles, concluyendo por considerar el culto del Santo como de tiempo *immemorial*, en cuyo fundamento se apoya el decreto de su canonización, expedido por la S. C. de Ritos en 13 de Diciembre de 1741.

El P. Florez se ocupa también detenidamente en examinar algunos puntos dudosos sobre la vida y muerte del Santo, á que dieron lugar los trabajos y noticias de los biógrafos posteriores al anónimo autor del *Leyendario*. Como después de la publicación de este documento y las aclaraciones que con su acertada crítica expone en el lugar citado el erudito agustino aquellas dudas carecen de valor é importancia, por eso nosotros hemos hecho caso omiso de cuanto sobre esta materia allí se alega, limitándonos á seguir en un todo lo que se refiere en la antigua vida del Santo y lo que el P. Florez añade. Además creemos que, tratándose de un *elogio*, pueden omitirse ciertas particularidades y noticias que más bien se acomodarían en una *biografía*, donde sería de todo punto necesario insertarlas para que mereciesen este nombre.

llevadera la suerte de los que sufren. ¡Que su nombre santo y bendito siga repitiéndose siempre con alabanza por las generaciones venideras, como lo han sido por nuestros padres, y lo es ahora por cuantos sienten en su alma amorosa veneración hacia la religión cristiana y á las legítimas glorias de nuestra querida patria ¡Galicia!

R. SEGADÉ CAMPOAMOR.

Julio de 1880.

A LA CORONA DE ESPINAS¹

Ya, espinas, no sois espinas,
Sino flor,
Pues os ha dado el amor
El color de clavellina.
Esta espinas ya no espinas:
Hombre, llega sin temor,
Que para Dios fué dolor
Y para tí medicina.
Llega con paso ligero,
No te espante ver espinas,
Que ya en la frente divina
Perdió su fuerza y acero.
Allí hirió, aquí no espinas;
Allí fué espinas, aquí flor,
Y para Dios fué dolor
Y para tí medicina.
Antes fué espinas esta espinas,
Y ahora es flor muy hermosa;
Allí fué muy dolorosa,
Aquí muy blanda y benina;
Aquí ahora es clavellina
De un encarnado color,
Que para Dios fué dolor
Y para tí medicina.

UN DISCURSO

DEL ILMO. P. FR. TOMÁS CÁMARA

OBISPO AUXILIAR DE TOLEDO²



XCMO. é Ilmo. Sr.³: Un grito de dolor fué la primera expresión del alma cuando recogí el pensamiento y meditaba en el asunto que había de tratar esta noche.

Vínoseme á la memoria la singular y apacible escena, admirablemente representada en ese cuadro, en que la Madre de Dios, rodeada de resplandores celestiales y coros angélicos, aparécese á Alonso de Orozco y le dice: «Escribe».

Llevado del recuerdo dulcísimo de aquella visión celestial, imaginaba hallarme en las deliciosas márgenes del Guadalquivir y en la solitaria celda del convento de San Agustín de Sevilla, donde moraba á la sazón el venturoso Prior entregado al plácido sueño, cuando al silencio de la noche no interrumpía otro rumor que el de la corriente del bullicioso río, ni iluminaban la ciudad otros resplandores que el tibio lucir de las lejanas estrellas y la claridad de la luna menguante á punto de nacer. Anticipándose á los júbilos de la alborada ví que con destellos vivísimos de luz y el canto de los ángeles despertaba la Virgen sacrosanta á su capellán Alonso, y me figuraba que le entregaba una pluma de oro ordenándole describiera las grandezas del cielo. Regalada, suavísima escuché aquella voz de virgen, diciéndole: *Escribe*, y advertí cómo de súbito sonrosados colores encendían las mejillas del Santo, se avivaban y centelleaban sus ojos, suspiraba anheloso y tendía los brazos hacia los pies brillantísimos de la Señora, y que cuando quiso abrazarlos se halló sólo con el consuelo inefable de su pecho y la me-

¹ Esta poesía está sacada de una colección en dos tomos inéditos y manuscritos pertenecientes á la biblioteca del Instituto de Jovellanos de Gijón, y de la cual es autor don Cristóbal Cabrera, presbítero español del siglo XVI.

² Expresamente autorizados por su ilustre autor insertamos en nuestra Revista este discurso, de muy pocos conocido, por haberse publicado sólo en el precioso álbum de la *Velada literaria en honor del Beato Alonso de Orozco, celebrada la noche del 17 de Noviembre de 1882, con motivo de su solemne beatificación, por el Colegio de Agustinos Filipinos de Valladolid*.

³ El Sr. Arzobispo de la diócesis, Dr. D. Benito Sanz y Forés, que en unión de los Reverendos Prelados de Salamanca, Vitoria y Zamora presidía la Velada. Sobre la presidencia, y bajo rico dosel, descollaba el lienzo (obra del P. Villán) en que se representa la aparición de la Virgen al Beato Alonso mandándole escribir, cuadro á que aludimos en los primeros períodos.

moria gratísima de la visita de su Madre veneranda. Aquellas luces y aquellos ríos de dulzura parecíanme que, nacidos de la Madre divina y reflejados en su bienaventurado siervo, tendían á sumergir en un mar de deleites á todos los hombres.

Y sobre todo ponderaba mi exaltada fantasía el valor, alcance y toda la significación de la palabra tan fecunda como misteriosa, brotada de aquellos labios que con un rendido y sencillo FIAT obraron la maravilla estupenda, pasmo todavía de los cielos. Y recordaba yo pensativo la solicitud y esmero del fervoroso capellán en cumplir las ordenaciones de su Señora, y revolví en mi mente las preciosidades de que con tal motivo enriqueció la lengua castellana, y el número de ediciones suyas que gastó sólo el áureo siglo de nuestra historia, y los elogios á ellas tributados por literatos insignes y el fallo lisonjero de la alta Academia, la Española por antonomasia.

Todo junto lo consideraba y encarecía; mas juntamente comparaba los méritos y la grandeza antiguos con la indolencia y desdén modernos; conocía, en una palabra, que me tocaba hablar de un autor ilustre y celestial, pero hoy nada alabado; de un escritor brillante y para mí asombroso, mas para el siglo XIX relegado á la oscuridad y al olvido. ¿Cómo no sobresaltarse el corazón, y sin más espera romper en expresiones de dolor?

Pero ahogué el grito en la garganta, sosegué el desconcertado impulso del ánimo, y distraje el pensamiento á estas fiestas en que se bendice la memoria del escritor copioso; ya sentí que, apaciguado el pecho, nacía la consoladora esperanza de resarcirnos en breve de los pasados daños.

Ya el olvido se trueca en aplauso incesante, y cuanto mayor fué antes el desconocimiento es ahora espontánea, sincera y expresiva la gratitud, sintiendo que al varón insigne por múltiples conceptos, que á la gloria pura abrigada de la patria no se veñerara entre los augustos nombres dignos de la estima de los españoles. ¿Dónde, preguntan ahora, en qué esfera ha lucido este astro luminoso que no hemos percibido sus rayos benéficos, ni gozado de su influencia saludable? ¿Dónde se escondieron los partos de su ingenio y frutos sazonados de doctrina tan rica?, he oído exclamar á personas doctas, amantes de las letras patrias.

¡Ah, patria mía! Tú, seducida de las sugestiones de naciones extrañas, y guiada de máximas que no eran tuyas, arruinaste corporaciones y monumentos gloriosos, envidia de tus rivales los extranjeros, y de entre aquellos escombros sacamos á luz ahora ese diamante cuyo brillo tanto te cautiva y embelesa. ¿Quién podrá enumerar las perlas que sepultaste entre envilecidas ruínas? Aunque tus ojos se convirtieran copiosas fuentes, no bastaran tus lágrimas para llorar como debías la irreparable pérdida de riqueza literaria, parte de la cual es el más vistoso ornato y envidiable gala de tus competidoras, y otra parte — tápate los oídos, no lo escuches — la otra parte entregaste, como los caribes en Alejandría, á la voracidad de las llamas, ó como los bárbaros del Septentrión convertiste en ruínas envoltorios para abastecimiento de sórdidos muladares. Con una diferencia, patria mía, con una diferencia: aquellos vándalos y sarracenos destruyeron la riqueza y gloria de un pueblo enemigo; tú destrozaste tus trofeos propios y queridas prendas heredadas de tus mayores. Por eso ni en las bibliotecas de tus Reyes, ni en los estantes de tus Universidades y Liceos, ni en las Academias literarias y librerías nacionales posees una sola colección completa de las suspiradas obras de Orozco.

Mas no es del caso recordar y encarecer los desiertos de un pueblo embriagado por la lisonja, alucinado por la codicia. Bórrense de la historia de mi patria esas páginas funebres, que, aunque pobres hoy y decaídos, hemos dado con inestimable hallazgo que nos honra y enriquece, y podemos consolarlos con las dulces lágrimas del infeliz arruinado que, repasando bien los rincones de sus vacías arcas, encontró todavía un pergamino donde lee los blasones de su nobleza, y con ellos los últimos títulos de una hacienda olvidada.

Oid, escuchad los inapreciables quilates de una joya desatendida, casi vendida ahora á menos precio. En otra parte os ponderan sus merecimientos inenarrables de virtudes inauditas; aquí, conformándose con el acto que celebramos, quisiera mostraros algún tanto de su valer literario, por lo que hace al cultivo y engrandecimiento de las letras patrias.

Alonso de Orozco, señores, por su estima á la lengua nativa, por el alto grado á que la elevó, es una de las hermosas estrellas que forman las pléyades luminosas de escritores, honor y lustre del áureo siglo de la literatura española.

Vuestra ilustración y buen juicio de una parte, lo claro y verdadero del argumento de otra, y también la ocasión presente, me obligan, con harta contenta-

miento mío, á ser breve y compendioso. Prestadme vuestra benevolencia, que tanto he menester, y quiera Dios no desluzca por mi rudeza y mi tosca lengua asunto tan bello, digno de ingenio el más pregrino.

Es la lengua vivo espejo donde se retrata la cultura, genialidad y vicisitudes todas de un pueblo, para lo cual no obsta la variación y mudanza de sus voces, como para retratar la hermosura de las riberas no es estorbo á las cristalinas aguas de los ríos su continuo cambio y deslizamiento. Digo más: que el rostro de los pueblos ha de ser por fuerza su lengua, porque en ésta únicamente cabe la expresión de sus agitaciones y el cabal deleite de su vida. Inmortalizarán acaso sus hazañas heroicas naciones en brillantes rasgos de la historia, en soberbios monumentos desafiadores de los siglos; pero la inmortalidad será solamente de recuerdo, manifestando el heroísmo que pasó; su existencia actual y vivir perenne, es indudable que se muestra sólo en el movimiento, colorido y fecundación de su lengua. De ahí el que las impresiones y sacudidas de las naciones refluían á su habla como á su cara, y en ella tomen cuerpo y se sensibilicen, no sólo los pensamientos fecundos y generosos arranques, sino hasta las palpitaciones de su corazón y más velados sentimientos del alma. Insensiblemente va comunicando á su lengua un pueblo el calor de su pecho, y la viveza de su fantasía, y la alteza de su pensar, y la energía de su carácter, y el temple todo de su índole é inclinaciones, recortándola y puliéndola como suavizan y pulen á las rocas las aguas resbalándose por ellas, para al fin asimilársela por completo é imprimir en ella el indeleble sello de su propiedad.

El pueblo es el gran artista de su lengua: no os parezca extraño ni paradójico mi aserto porque atribuya tan rara y sabia influencia á un espíritu sin letras ni intelectual cultivo.

Dentro de la rudeza de los individuos vive y palpita un instinto sorprendente, más avisado y previsor que toda la agudeza y perspicacia de los sabios: así como á pesar de la libertad de que gozamos los hombres hay ciertas leyes necesarias en la humanidad, de la misma suerte como, no obstante la incivilización de los salvajes, todavía brilla entre ellos la filosofía del común sentir. También sobre lo agreste la confusión y laberinto de las selvas, entre el rudo y desordenado bramar de los mares, hallamos algo armonioso, grande y sublime: las pisadas y huella de Dios, siempre sabio, siempre admirable.

Repito la frase: el pueblo es el gran artista de la estructura, caprichos y moldes primordiales de su lengua.

Lo cual en nada dificulta, antes favorece, á la influencia provechosa de los doctos, que, guiados no sólo del instinto popular, irreflexivo de suyo y de escasa aplicación, sino escuchando los consejos de la razón aleccionada, toman en su boca el caprichoso decir del pueblo, y, sin inmutarle en su genialidad y sus leyes, le vuelven más puro y delicado, culto y elegante. Tal hacen, con pasmo de los que las oyen, las bóvedas de bien pulimentado mármol, que reflejan los sonidos que reciben doblemente limpios y sonoros. ¡Oh! No, los seres todos y las fuerzas de la naturaleza se hermanan bien con la sabia dirección que los guía; de ella cabalmente reciben su complemento y perfección.

Los dos elementos se coadyuvan á maravilla para el esmalte y brillo del habla: la nación en general, como decimos, le comunica instintivamente sus gustos y carácter, dale fondo y materia, á lo que sobreviene el tino y discreción de los literatos concertando agradablemente voces y frases, realzando sus riquezas, galas y adornos, prestándole, en fin, forma y hermosura, de suerte que parezca otra lengua más lustrosa, brillante y peregrina. De donde, educado el pueblo, tiene segura estrella para las invenciones de su instinto y puede ofrecer á los sabios materia mejor dispuesta y elaborada, entablándose un flujo y reflujo entre ambos elementos que dé por resultado la cultura de la nación, expresada en la nobleza y armonía de su lengua.

En lo cual influye poderosamente el vigor, pujanza y prosperidad de los pueblos, con que, desahogado y complacido el ánimo, tiende las alas de su ingenio á más elevadas regiones, desdeñándose de arrastrar su pensamiento generoso por el lodo de la tierra, y anhelando cada vez más discurrir cual piden la alteza y destinos de su noble pecho, nunca harto más que con la fruición de unas riquezas, belleza y bondad inmensurables.

Así se explica la edad de oro del habla castellana, como comprendemos los días de Pericles para la griega y el tiempo de Augusto para el idioma del Lacio.

Al abandonar por completo los brazos de su madre

la lengua latina, podía todavía balbuciente nuestro romance no contar entre sus riquezas literarias más que, según quiere Forner, «dos ó tres cuerpos legales, una serie de crónicas, gran número de coplas sencillas y algunas novelas»; pero creciendo en años y siguiendo las pisadas de los idiomas antiguos, había de adquirir su aire, gallardía y majestad, su rico caudal, número y armonía. Además era el habla de una señora que crecía en cultura, dignidad y poderío, y había de prestarle toda la elegancia y finura de su alto rango.

Sí, señores. Una nación que se había lanzado á lo ignoto de los mares, descubierto el nuevo mundo (como quien dice, el mundo de las maravillas y encantos), que ensanchaba sus conocimientos y aspiraciones con la descripción de los inmensos horizontes de América, que llevaba sus estandartes victoriosos por las campiñas brillantes de Italia, los bosques de Flandes y Alemania, hacía prisionero al rey de Francia en Pavía, sepultaba el orgullo de los sarracenos en las aguas de Lepanto, y donde quiera dejaba señaladas las huellas soberanas de su planta, por fuerza había de enriquecer su lenguaje y hacerle señor de los idiomas de la tierra. La lengua de esa nación debía de ser un canto épico, un himno de triunfo y de arrebatadora gloria.

Si la historia de la filología nos recuerda que por entonces damas y caballeros de toda Europa tenían á gala y consideraban como gentileza el hablar español, tráenos á la memoria un suceso que la lógica hubiera pronosticado.

Añádase que era la época en que la luz y las gracias del Oriente se derramaban por Iberia, renacían á su calor los estudios amenos, una reina simpática cultivaba el habla de Cicerón y Virgilio, en nuestras Universidades famosas se leían originales lo mismo el cántico de Moisés y el convite de Platón que las sátiras de Juvenal... ¿qué he dicho antes? que la lengua de esa nación sería un himno. Sí, pero himno puesto ya en música, armonioso, bellísimo, incomparable himno.

Y hasta aquí la grandeza humana, hasta aquí no más que los vuelos del ingenio natural; remontaos, señores, á lo alto para contemplar el encumbramiento más elevado de la lengua patria, su celebrada apoteosis.

Porque en ese idioma una delicada virgen, tan discreta y graciosa como generosa y santa, va á escribir los *Conceptos del amor divino*, y manifestar á los hombres los secretos amorosos de su corazón, sus levantados propósitos y nobles sentimientos, la ternura y apacibilidad de su casto pecho, y sus emociones más vivas y conmovedoras, las batallas y contradicciones de su espíritu con sus angustias y gemidos inefables, su agonía en la vida, su triunfo en el morir, su desprendimiento de la tierra y sus arrobamientos al cielo; y luego, toda endiosada, vi- viendo con los cortesanos de la gloria, en el mismo lenguaje hallar frases para describir las *Moradas del alma*, donde alza su trono y guarda su tálamo la Divinidad.

Y el poeta extático halla sabrosas melodías que oyó á los ángeles, las canta también en rima española, fluida y elegantemente, sin rodeos ni embarazos, cual si fuera nacida esta lengua para expresar las alabanzas tributadas al triunfo del Cordero.

Y tras de las pisadas de la santidad viene silenciosa y grave la sabiduría cristiana. Hé ahí al varón lleno, al alma hebrea, traductor ganancioso así de David y Job como de Eurípides y Píndaro, como de Horacio y Virgilio, tomar en sus labios el majestuoso decir de la señora de ambos mundos, y en ese dulce hablar descubrir misterios altísimos y regalados secretos sobre las excelencias que encierran los *Nombres de Cristo*.

Veneremos, señores, los idiomas santos en que el Espíritu divino habló á los mortales; pero exceptuados ellos, ¿en qué lengua se han descubierto y celebrado más los tesoros escondidos de la patria celestial? ¿No posee España la palma de la mística clásica? Reparad ahora en el fundamento del apotegma del rey y emperador Carlos V: *Para hablar con Dios, la lengua de España*.

El tan benemérito de las letras españolas, como juicioso filósofo y ya citado Forner, decía: del uso que se haga de la lengua dimanar principalmente sus prendas.

De suerte que los varones esclarecidos que elevaron el idioma al uso de las cosas santas, y en él expusieron las riquezas de la alta vida que nos espera, sobre las galas y la pompa de su linaje comunicaronle la alteza y majestad divinas. Hé ahí enaltecida nuestra lengua, mejor dicho, glorificada.

¿Alcanzóse este triunfo sin contradicción? No fuera entonces verdadero triunfo: que es ley dolorosa é imprescindible, como en todas las conquistas así en los triunfos literarios, mientras solícitas abejas labran con afán el rico panal de miel, hallarse á la

nen por principal residencia las ciudades de Andalucía, y han llegado á distinguirse por las que habitan, siendo las ramas más características la sevillana y la granadina. De esta última son los tipos del dibujo.

ESTATUA DE CRISTÓBAL COLÓN

Erigida en la plaza de este nombre en el paseo de la Castellana de Madrid. Ejecutada por D. Jerónimo Suñol.

Ya era hora de que Madrid, como capital de la monarquía española, se ufanasen con un monumento á Colón, á quien debemos una de nuestras mayores glorias, el descubrimiento del Nuevo Mundo. El que se ha levantado en la plaza de Colón, frente á la Casa de la Moneda, es muy bello, pero de exagerada altura y esbeltez. La estatua que corona la altísima columna es la que representa nuestro grabado, ejecutada con hábil maestría y singular acierto por D. Jerónimo Suñol, académico de San Fernando.

Basta fijar la vista un solo instante en la figura del Gran Almirante, para comprender los talentos del escultor. La actitud del insigne descubridor del Nuevo Mundo es arrogante y majestuosa, tal como lo suponemos por la tradición histórica en el instante de tomar posesión, en nombre de Castilla, de la primera isla descubierta en el ignorado hemisferio; en la diestra empuña el egregio pendón de leones y barras, y alza al cielo los ojos, en que se transparenta una emoción sublime, señalando con la mano izquierda la tierra que pisa, como si diese gracias al Omnipotente por la merced que acaba de dispensarle, coronando su audaz empresa con un triunfo maravilloso.

El grabado que ofrecemos hoy en la pag. 127 de nuestra Revista, reproduce la estatua del Sr. Suñol según una fotografía hecha por Laurent. Dentro de poco tiempo, y coincidiendo con el aniversario de alguna fecha memorable en la vida de Colón, se procederá á la inauguración oficial del monumento.

LA VIRTUD

En un valle riquísimo
Por sus hermosas flores,
Un clavel dulce y pálido,
Sin galas ni colores,
Su vida melancólica
En triste olvido vió.
Pero al morir... sus pétalos
Tornáronse olorosos,
Y las flores y el céfiro
Miraron silenciosos
Crecer fecundo el sándalo
Donde el clavel murió.

J. SELGAS.

LA PASCUA DE RESURRECCIÓN

El día de la solemnidad por excelencia, la fiesta patronal del Cristianismo, es el día que hizo el Señor. Hoy cesan los cantos lúgubres y desaparecen las ropas de luto; á los acentos de maldición y de tristeza que la Iglesia tomaba de los profetas de la ley antigua, suceden las sencillas narraciones de los evangelistas y los cantos de gratitud. ¡Aleluya! exclama el linaje humano todo entero, arrancado al sepulcro del pecado. ¡Aleluya! ya verdaderamente á esta hora *todo está consumado*: la grande obra de la regeneración llega á su término, el cielo está abierto, el infierno está domado, la muerte está vencida, la esperanza está asentada sobre una base inmortal. ¡Aleluya! La nube de tristeza que el sacrificio del Gólgota había derramado sobre la naturaleza entera se ha desgarrado; el grito de agonía que había rajado las peñas del Calvario ha cesado de repente, y la tierra, que poco antes palpitaba como oprimida bajo el doble peso de sus crímenes y de la majestad de un Dios espirante, ya no se estremece más que de ventura y júbilo. ¡Triunfo, victoria, bendición y gloria al Cordero inmolado por los pecados del mundo y resucitado para nuestra justificación! Mirad: el sol, anublado hace un momento, vuelve á aparecer más radiante; un resplandor más templado ilumina el cielo, y la naturaleza entera parece orgullosa y contenta de ofrecerse á las miradas del Criador empapada en la sangre regeneradora que borra toda mancha.

Sí, la fiesta de Pascua es la fiesta por excelencia. Lo que es la aurora á los cansados ojos de la noche, lo que es el rocío vivificador á las plantas abrasadas por el sol, lo que es para el desterrado la vista de su patria, es esta solemnidad para el verdadero cristiano. Hoy es cuando los corazones fieles deben dilatarse y abrirse á los rayos del sol de justicia. ¡La losa del sepulcro está levantada!—¡Sus! discípulos fieles de Cristo, venid á ver á vuestro Redentor, no ya á aquel rey de los dolores, á aquel último de los hombres, abrevado de oprobio y teñido en su sangre, sino al triunfador de la muerte radiante de majestad, rodeado como de un torbellino de gloria y eclipsando con su esplendor la lumbrera del día. Acercaos á esa sepultura, donde el odio de sus ene-

migos creía haber hundido su poder. ¿Qué véis en ella? Una mortaja, inútiles vestiduras, último despojo de su mortalidad; pero él ya no está ahí ha resucitado, verdaderamente ha resucitado: Magdalena nos lo atestigua; Magdalena, la apasionada amante de Jesucristo, ¡y el amor no engaña! Y sus dolores ¿dónde están? Se han desvanecido... ¿Y su amarga agonía, y sus penetrantes gritos, y su sangrienta cruz? Todo pasó, todo pasó. A los misterios de dolor han sucedido los misterios de ventura, á la flaqueza la fuerza, á la muerte la vida... Repetid, pues, en el piadoso entusiasmo del amor, en el delirio de la alegría: *Cristo ha resucitado verdaderamente. ¡Aleluya!*

Todo respira en esta fiesta admirable la serenidad y el contento; no parece sino que la misma naturaleza toma parte en ella y saluda á su modo al Salvador resucitado. Ese perfume de flores primaverales, esa naciente verdura, esos primeros conciertos de los pajarillos, esa tierra rejuvenecida que abre ansiosa su seno á los tibios rayos del sol, ¿no presenta el emblema del linaje humano sacudiendo la larga noche de sus errores y los hielos de su invierno, para dilatarse á los vivificantes rayos del eterno esplendor? No sabemos si hay muchos cristianos, por más impíos ó indiferentes que se les suponga, que no distingan este día entre todos los días del año, y que no dejen de ver en él algún resto de creencia religiosa; hay en la atmósfera de la Pascua algo de irresistible, de mágico; es preciso, quírase ó no se quiera, dejar que se exhale en este día el grito de un alma naturalmente cristiana. ¡Oh! Es que en esta fiesta radiante todo es júbilo y contento, todo en ella habla de esperanza y de amor, y ni un solo sonido lúgubre se mezcla á sus himnos, ni una sola nube á su puro esplendor. Y luego, ¿es por ventura tan fácil sustraerse enteramente al imperio de la fe que se ha mamado con la leche, que en cierto modo ha embellecido y colorado nuestra infancia, que ha echado en nuestra alma tan profundos gérmenes de esperanza y de temor, de alegría y de espanto? En verdad, si hubo un tiempo en que muchos procuraban parecer más cristianos de lo que lo eran en el fondo, creemos que en el día muchos desean parecer más impíos de lo que lo son y pueden serlo. ¡Miserable y singular descarrío, que priva á la Religión de muchos homenajes públicos, y hace inútil, concentrándola, una fe real que nada desearía tanto como explayarse si el torrente lo permitiese... Pero volvamos á nuestro asunto.

Nada en la religión es insignificante ni estéril: todas sus solemnidades, risueñas ó lúgubres, todas tienen su voz y sus enseñanzas. Las fiestas son como otras tantas paradas en que el corazón y el entendimiento deben detenerse para contemplar y gustar las verdades eternas; son como alturas desde cuya cima debe el peregrino tender sus miradas á lo lejos para prever los escollos de que está sembrado su camino; son celestiales iluminaciones, con cuya ayuda el fiel descubre más claramente la grandeza de su Dios, su propia miseria, la vanidad y la inseguridad de las cosas de la tierra. Por medio de esas conmemoraciones tristes ó consoladoras es como se despierta la fe, como se consolida la esperanza, como se inflama el amor, como todas las virtudes, en fin, se reavivan y robustecen. Quitensele sus fiestas á la Religión, y quedará reducida á una seca y árida teoría; pronto la mente tan versátil del hombre habrá olvidado ó confundido dogmas abstractos que ninguna forma exterior le hará sensibles, y su fe morirá de languidez como una lámpara sin aceite ó una planta privada de aire. Pero también no podemos dejar pasar vanamente esos días de júbilo, y si cada uno de ellos nos llega más rico de gracias y más lleno, será para nosotros motivo de gravísimo cargo no habernos aprovechado de los beneficios que nos ofrecen cerrando nuestro corazón al celestial rocío que tan copiosamente derrama.

Ahora bien, ¿qué sublimes enseñanzas no nos da la solemnidad que celebramos? ¿Qué voz se alza más tierna y sonora al mismo tiempo entre todas las voces del año para celebrar el amor y el poder de Dios, para consolarnos é instruirnos? La resurrección de Jesucristo es el símbolo y la prenda de nuestra resurrección futura, el incontrastable cimiento de nuestra fe, la razón de nuestra esperanza. ¡Luego era un Dios aquel de quien blasfemaba un pueblo ciego, aquel á quien encarnecía en su delirio una nación ingrata, y que con pie vencedor rompió la tumba donde sus enemigos le creían sepultado para siempre! La incredulidad del pueblo judío queda confundida con este inmenso prodigio; descórrase el velo de las profecías, cúmplase la esperanza del mundo, y la impiedad se ve reducida á enmudecer ante un hecho apoyado en tan evidentes testimonios. Doce pescadores, asistidos por el Espíritu Santo, irán hasta los confines del universo á anunciar un Dios muerto y resucitado, y la tierra, pasmada y vencida, se arrodillará ante el que se anuncia hoy

como su Redentor y aparecerá un día como su juez. Jesucristo sale del sepulcro, y el cielo, cerrado por el pecado del primer hombre, se abre á la voz del nuevo Adán, vencedor del infierno y del pecado. Desterrados, ya podéis levantar los ojos y cobrar aliento: vuestra patria os abre sus puertas: vuestras lágrimas y vuestros trabajos no quedarán ya sin recompensa. Aquella necesidad de ventura que había quedado en el corazón del hombre como una inclinación irresistible, no será ya un vano y estéril tormento; aquella sed de la verdad, aquel insaciable amor á lo bello, recuerdos de una grandeza desvanecida, hallarán, en fin, con que saciarse, y la hermosa economía del mundo primitivo se restaurará en su plenitud.

¡Oh festividad encantadora de dulce y amable esplendor! ¡Qué brillo proyectas sobre el mundo, sobre nuestro pobre mundo, tan ruinoso, tan maldito! ¡Qué alegría has traído á la tierra y qué terror á los infiernos! ¡Qué de santos conciertos debió haber en las alturas de los cielos, y entre los ángeles que velan sobre nuestra suerte aquí abajo, el día en que se levantó el anatema que pesaba sobre nosotros, en que la tierra vió brotar sobre su seno atónito al Redentor triunfante, interponiéndose perpetuamente entre ella y el soberano Juez, no ya como un suplicante que implora misericordia, sino como un vencedor que reclama el premio de su victoria! ¡Oh celestial aurora, que has disipado nuestras tinieblas, tan profundas, y vuelto á la tierra las alegrías y las esperanzas del cielo! ¿No es á tu blanda claridad á la que se han encontrado la misericordia bajada del cielo y la verdad salida de la tierra, y se han dado el ósculo, la justicia y la paz? ¿No es hoy cuando se ha rasgado el acta de proscripción, y se ha escrito y sellado el pacto de reconciliación? ¡Oh muerte! ¿dónde está tu victoria? ¿dónde está tu aguijón? Tenemos un abogado, un médico, un pontífice que ha soportado todo el peso de nuestras flaquezas, que ha bebido de paso en el torrente de las miserias humanas, y que conoce por consiguiente nuestra pobreza y nuestra insuficiencia. ¿Qué tememos? Si el cielo, irritado, tronase sobre nuestras cabezas, podemos ofrecer una víctima de infinito valor, que necesariamente desarmará la cólera celestial. Si nos sentimos á veces desfallecer en el viaje, ó caer de dolor y de cansancio, tenemos un amigo, un hermano ² que puede tendernos la mano y restaurar nuestro valor, ¿qué podemos temer?

¡Ah! Sólo una cosa: nuestra infidelidad y nuestra inconstancia.

Ese cuerpo radiante de hermosura, vestido de un resplandor sobrenatural, sobre el que ya no tienen imperio alguno el dolor y la muerte, es la imagen de lo que será nuestro cuerpo cuando se haya despojado de su forma mortal para vestirse de incorruptibilidad.

Esa alma, casto y hermoso espejo en que el cielo se refleja con complacencia, adornada de todas las virtudes, santuario de todas las alegrías, como fué en otro tiempo el centro de todos los dolores, es el tipo de nuestra alma cuando se despoja, con su vida mortal, de sus flaquezas, de sus inclinaciones vergonzosas, de sus manchas y de sus padecimientos.

Esa ciudad resplandeciente, cuyas puertas se abren hoy para recibir al Rey de la gloria, donde delicias sin fin y torrentes de delicias sacian á los elegidos, donde no se conocen ni el luto, ni los gritos, ni las lágrimas, ni la muerte, será nuestro patrimonio y nuestra posesión perpetua cuando la muerte haya puesto fin á nuestra corta peregrinación.

Pero todo eso es preciso comprarlo á costa de grandes esfuerzos y de un entero sacrificio; pero ese magnífico porvenir, cuya sola idea hace palpitante el corazón, es el premio de una victoria; pero para vestir al hombre nuevo con todas sus glorias es preciso hacer morir al hombre antiguo con todas sus concupiscencias. La resurrección de Jesucristo, dándonos sublimes esperanzas, nos impone grandes y largos deberes; porque antes de sentarse á la diestra de su Padre nuestro Rey sufrió en el Calvario, y ninguno será coronado con Él si no ha combatido y triunfado como Él. Él dejó en el sepulcro su sudario y sus vestiduras, emblema de esta naturaleza culpada y grosera, de esta corteza carnal del pecado, de la que también debemos despojarnos. El Cordero resucitado desconocerá, pues, en el día del grande advenimiento á esos ciegos que se han hecho aquí abajo su morada, olvidando por las alegrías efímeras una felicidad sin fin, y á aquellas almas cobardes y corazones tibios que, vacilando entre la naturaleza y la gracia, no hayan tenido valor para despojarse enteramente de la antigua levadura del pecado por los panes ázimos de la justicia y de la sinceridad. Vencerse

¹ Salmo LXXXIV.

² Jesucristo no dió el título de hermanos hasta después de su Resurrección.

á sí mismo; sujetar siempre sus propias pasiones, siempre renacientes; hacer una guerra de todos los días, de todas las horas á ese hombre antiguo que sólo la muerte puede aniquilar; maldecir el mundo que Jesucristo maldijo; no usar más que de paso de las cosas de la tierra; sustentarse del deseo y de las esperanzas del cielo, y con esta mira soportar con resignación la parte de dolores que nuestro Dios en la Cruz nos legó á cada uno de nosotros, esto es verdaderamente resucitar con Jesucristo, esto es lo que se necesita para merecer un puesto junto á Él en el reino eterno.

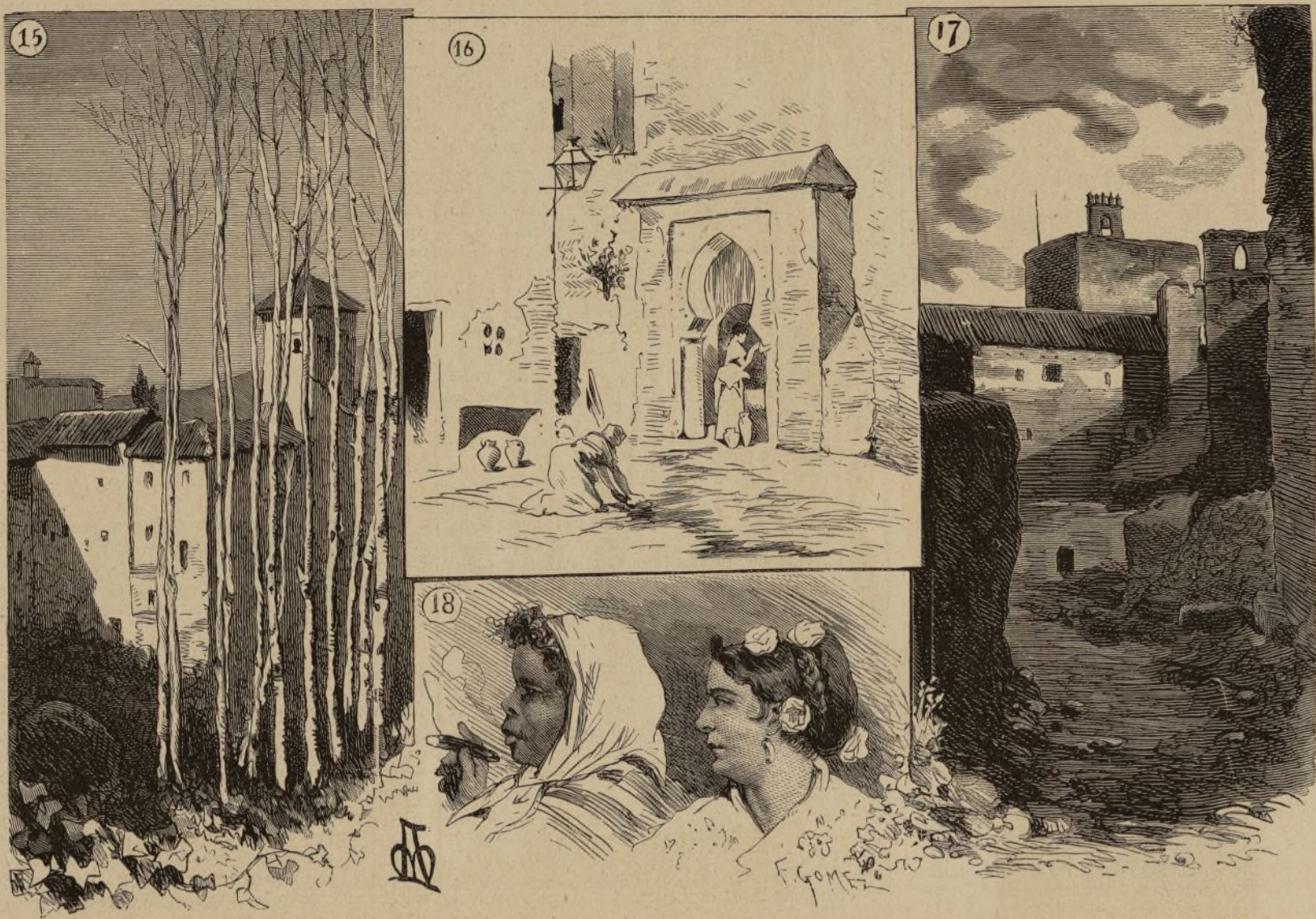
Ahora bien, ¿cuántos están en estas felices disposiciones? ¿Cuántos hombres nuevos aumentarían hoy el séquito de Jesucristo triunfante? Semejantes á sus Apóstoles, que el escándalo de su cruz dispersó y que no tuvieron la dicha de ser testigos de su victoria, nosotros tenemos también la parte que es preciso tomar en sus dolores antes de gozar de su gloria y de participar de su triunfo. O la fe falta á nuestro entendimiento, ó el valor á nuestro corazón. Tememos hacer demasiado, dar demasiado, se titubea, se regatea, se *escatima*, ésta es la expresión propia, en la senda del sacrificio, sin pensar ¡ay! que un sacri-

ra, vuestro nombre sea glorificado y bendecido; toda rodilla se doble, toda frente se incline ante vuestra radiante majestad. Muy diferentes de los triunfadores mortales, cuyos laureles están bañados de lágrimas y cuyas banderas están empapadas en sangre, vuestra victoria no produce más que la paz y la justicia, vuestro estandarte es el de la esperanza. Si, vuestros somos, queremos una parte en vuestros dolores, así como ambicionamos vuestro triunfo. ¿Y qué nos importa que el ingrato mundo repudie el fruto de vuestra victoria, y que la antigua serpiente infernal levante todavía la cabeza para blasfemar y maldeciros? Vuestros somos: nos habéis llamado vuestros hermanos, vuestros amigos, vuestros hijos, y si nos prestáis el apoyo de vuestro brazo, ¿quién *contra nosotros*? Pero velad sobre nuestra flaqueza, sostened nuestros trémulos pasos: inspiradnos el valor que os hizo subir al Calvario y beber el amargo cáliz hasta las heces. Haced que siempre brille á nuestros ojos, cansados de sombras, un rayo de inmortal esperanza; que siempre en nuestros oídos, fatigados de los rumores de la tierra, resuene un eco de la eterna alcluya, para que vencamos con perseverancia los peligros de nuestra propia flaqueza, las

*sin pensar acontecen, porque su alma, como sana y valiente, se vadea fácil y generosamente por todo*¹», emprende denodado la piadosa obra de desarraigar de los corazones la zizaña, para plantar en ellos la buena semilla. La fama de sus virtudes corría por toda la ciudad de Palencia y sus contornos, de donde acudían las gentes á demandarle auxilio y consejo en sus tribulaciones; y de tal modo le cercaban é importunaban, que muchas veces solía tener que alterar las breves horas que daba al sueño ó á la comida para acudir á la cabecera del moribundo ó satisfacer las ansias de los devotos.

Un notable suceso aconteció entonces en la Península ibérica: Alfonso llamado el IX de León había fallecido en Villanueva de Sarriá² (1230); con este motivo, y no por voluntad del monarca difunto, sino por la habilidad y diestra previsión de Doña Berenguela, su esposa, uniéndose definitivamente el trono de Castilla y de León bajo el cetro paternal de su hijo, Fernando III.

Las hermanas de éste, Doña Sancha y Doña Dulce, entre quienes había dividido sus estados Alfonso IX, conviniéronse fácilmente á un arreglo amistoso y preparado entre su madre, Doña Teresa de Por-



RECUERDOS DE ANDALUCÍA.

15. Torre de las damas en la Alhambra.—16. Aljibe de San Miguel en Granada.—17. Torre de la Vela en la Alhambra.—18. Gitanos, tipo granadinos.

ficio generoso costaría menos trabajo y traería más dulces recompensas que esas medias voluntades, que esas semirresoluciones en que se vive tan penosamente, y que dejan á la virtud todo lo que tiene de costoso sin las alegrías que la acompañan. Y luego, ¿se medita, se comprende bien este pensamiento tan consolador: el tiempo de prueba es corto, la recompensa es eterna, algunos días de dolor por una eternidad de ventura?

¡Oh Rey, cuyo triunfo celebran hoy todas las cosas, que habéis encadenado con vuestra victoria todas las potencias del infierno, Cordero que has borrado los pecados del mundo, pontífice eterno, sol de justicia, recibid en este día nuestros homenajes y nuestros votos! Todo el universo es vuestro, porque le habéis comprado á costa del más grande sacrificio, y os ha sido dado todo poderío en la tierra como en el cielo. Reinad, pues, como vencedor sobre esta tierra regenerada, precio de vuestra conquista; del Norte al Mediodía, del ocaso á la auro-

tenciones del demonio y del mundo, y los hastíos del destierro, y para que, en fin, formando un día la comitiva de nuestro caudillo triunfante, merezcamos sentarnos á la sombra de la Cruz glorificada en las alturas de los cielos.

T. C. R.

ELOGIO

DE SAN PEDRO GONZÁLEZ TELMO

(Conclusión)

III

El héroe cristiano (cuyo elogio intentamos escribir hoy), con la abnegación propia de un Santo, *«alentado más que otro hombre ninguno, como aquél á quien ni la pobreza le aprieta, ni la enfermedad le es grave, ni le turba caso ninguno adverso de los que*

tugal, y la de Don Fernando, Doña Berenguela.

Estas dos mujeres, modelo de princesas prudentes y virtuosas, realizaron uno de los hechos que más había de contribuir á la paz y unión de los reinos de España, evitando así funestísimas guerras y contiendas, hijas de aquellas desmembraciones de territorio en mal hora inventadas por los monarcas anteriores.

Reunidos todos los interesados en Benavente, firmóse allí el convenio, por el cual las dos jóvenes hermanas del santo Rey renunciaban á sus derechos mediante la pensión de quince mil doblas de oro para cada una.

Después de este suceso recorrió Fernando III sus nuevos estados y vino á descansar por último á Pa-

¹ San Pablo á los Ephes., cap. I, vers. 2, etc. Traducción de Fr. Luis de León en los *Nombres de Cristo*.

² Sus cenizas existen depositadas en la capilla llamada de las reliquias, en la catedral de Santiago, juntamente con las de su padre Fernando II.



ESTATUA DE CRISTÓBAL COLÓN.

Erigida en la plaza de este nombre en el paseo de la Castellana de Madrid. E'ecuada por D. Jerónimo Sañol.

lencia: en esta ciudad esperó los resultados de la expedición que el arzobispo de Toledo había preparado en la comarca de Sevilla con la ayuda del infante Don Alfonso, hermano del Rey. Por aquel tiempo ya González Telmo brillaba entre los palentinos por sus obras de piedad y era considerado como el Apóstol de aquella tierra. San Fernando conoció al punto el valor de aquel tesoro, de quien había oído tantas maravillas, y la gran utilidad que podía prestarle en las empresas que proyectaba. Después de haberle visto y oído, se confirmó más en su opinión y propósito, y rogó le formase parte de su séquito, para que con la fuerza de su elocuente palabra y el ejemplo de su santidad reformase las costumbres e impetrase del cielo los favores divinos para vencer á los enemigos de la fe, contra quienes sólo esgrimía sus armas vencedoras tan prudente y virtuoso monarca. Así es como, á poco de haberse celebrado en la misma ciudad de Palencia con grandes fiestas y regocijos el triunfo obtenido en la batalla de Guadalete, salió á sitiar á Úbeda, llevando ya en su compañía á Pedro González Telmo; hallóse también en el bloqueo de Córdoba y en la toma de esta ciudad (29 de Junio de 1236).

¿Cuál no sería el gozo de nuestro héroe al ver convertida la suntuosa mezquita de los musulmanes en templo de Dios vivo, y elevar allí, en compañía de los Prelados de Baeza, Cuenca y de Plasencia, himnos de agradecimiento al Todopoderoso por tan señalada victoria! Muchos debieron ser los afanes y trabajos apostólicos del antiguo deán de Palencia, en aquella ciudad conquistada, adonde acudieron luego cristianos de todos los ángulos de la Península, atraídos por la riqueza de su suelo.

Por este tiempo es cuando debió entrar en Galicia Pedro González Telmo, acaso llamado por sus superiores para atender á las necesidades espirituales que se sentían en aquella tierra. Dirigióse primero al convento de Santiago de Compostela, y desde allí fué destinado á socorrer la comarca de Lugo y mucha parte del obispado de Orense, consiguiendo que por su mediación y actividad se edificase un puente sobre el Miño en la villa de *Castrelo* (Ribadavia).

Acompañábale en su apostolado Fr. Pedro Martínez, hermano de hábito y venerado también por sus virtudes en la Orden de Predicadores, y que fué siempre su más inseparable socio.

La Providencia auxiliaba visiblemente la santa obra de González Telmo con sucesos extraordinarios que tuvieron lugar en Galicia, los cuales refiere el *Leyendario* con la sencillez propia de la época en que fué escrito. Estos hechos, que pasaron al número de sus milagros, contribuyeron á que el pueblo le apellidase el *Santo*, y á dar más fuerza y valor á su persuasiva elocuencia, sin que por esta razón decayese un punto en su humildad, creyéndose, por el contrario, indigno de los favores que recibía del cielo y más obligado á no descansar en el desempeño de su altísima misión.

Los trabajos apostólicos del egregio varón San Pedro González Telmo en el antiguo reino de Galicia, forman sin duda su mejor y más brillante corona; para apreciarlos debidamente y reconocer el mérito e importancia de tan bella obra, es indispensable que recordemos, aun cuando sea muy de ligero, el estado y situación del país en el que ejercía por entonces su apostolado.

Si difícil es historiar los acontecimientos de aquella época en los diferentes reinos en que estaba dividida la Península española, más difícil y arduo es todavía intentarlo en lo que se refiere á esta tierra tan en un extremo situada y que no ha tenido hasta el presente quien redujese ó compendiasse en un cuadro histórico todo cuanto forma su vida moral y política. Dignos de aplauso son los esfuerzos hechos por algunos escritores para dotar al país de una historia libre de fábulas y de errores; pero entretenidos los más ilustrados en sus orígenes, fundación y edad antigua, y, ó agotadas sus fuerzas en esta tarea, ó acobardados por la magnitud de la empresa, se detuvieron ante el impenetrable dedalo de la Edad Media.

No tenemos, pues, de esta época más que algunas monografías y artículos que puedan abrirnos camino entre tanta oscuridad. A pesar de este gran vacío que notamos, aún podemos formarnos una idea aproximada de la importancia de los trabajos emprendidos por nuestro Santo acudiendo á la historia general de la Península, á las crónicas de sucesos particulares y á alguno que otro documento desenterrado y puesto por apéndice en las curiosas y eruditas obras relativas á la España de aquellos tiempos.

Por causas que no es del caso explicar ahora en Galicia no llegaron á dominar los ismaelitas, limitándose á hacer algunas correrías más ó menos afortunadas por varios puntos del litoral; pero en cambio los normandos (siglo x), penetrando por el te-

rritorio de Tuy, asolaron y destruyeron cuanto hallaban al paso: los mismos hijos del país no descansaban tampoco en sus luchas intestinas, especie de guerras de familia que hacían más triste su situación.

Desde la muerte del último rey independiente don García (1090) quedó el país gallego á merced de las ambiciones de sus condes y señores; Alonso VI dióle en feudo á su hija Doña Urraca, casada con don Ramón de Borgoña, según hemos visto ya, y esto, que parecía debía mejorar la suerte de este pueblo, no hizo más que traer nuevos y peligrosos conflictos.

«Turbulento, aciago, calamitoso y tristemente célebre fué el reinado de Doña Urraca¹». De esta manera lo califica uno de nuestros historiadores modernos; y aunque en algunas de las opiniones que emite sobre este período no vayamos tan allá como el popular escritor cuyas palabras acabamos de copiar, confesaremos, sin embargo, que no anda del todo descaminado en este sintético juicio.

El espíritu inquieto, el celo exagerado y el empeño de engrandecer su autoridad que caracterizaba á D. Diego Gelmírez, Prelado compostelano (1100-1140), y las pretensiones del naciente reino portugués, traían al país envuelto y comprometido en intrigas y combates diarios. Verdad es que el arzobispo de Santiago, con su habilidad política y alteza de miras, supo elevar á gran altura la importancia y significación, no sólo de su Iglesia, sino también de toda Galicia, dirigiendo y dominando el genio voluntarioso y poco firme de Doña Urraca, y contentando las ambiciones de su hermana Doña Teresa de Portugal, el orgullo de los señores y condes, que se hacían fuertes en sus castillos. Pero si esto podría contribuir al engrandecimiento material y político del suelo gallego, en cambio sufrían no poco las buenas costumbres y el espíritu cristiano. El pueblo, los condes y señores practicaban una moral poco escrupulosa, y la rapiña y el asesinato eran tan frecuentes y comunes en unos y en otros, como la traición y la falsía.

El ansia de poseer y extender sus dominios y señoríos dominaba entre los nobles gallegos, por cuyo motivo olvidaban con frecuencia el espíritu cristiano, que renacía en ellos cuando, al dejar este mundo, se desprendían de todo para entregarlo á los monasterios, creyendo redimir así los abusos y rapiñas que habían cometido durante su vida.

El mal ejemplo dado por los que son superiores en autoridad ó posición social, además del escándalo que produce, es de efecto desastroso en los que obedecen y entre las muchedumbres, porque éstas juzgan por lo general llevadas de la pasión y por las impresiones del momento, y tienen en contra suya la ignorancia, que abulta siempre los hechos y los desfigura lastimosamente.

Los monjes, inspirados por los santos fundadores San Rosendo y San Pedro de Mezonzo, eran los más constantes defensores del pueblo contra las exigencias y abusos del poder, desde el monarca hasta los condes y señores, reprendiendo con santa independencia los vicios de que adolecían; pero las donaciones repetidas que aquéllos liberalmente hacían á sus monasterios y el patronato que comenzaron á ejercer sobre ellos fueron en parte debilitando aquella libertad cristiana de que ántes gozaban, quitando así á su palabra y doctrinas su santa influencia sobre el pueblo y los poderosos, con la cual les encaminaban derechamente al bien y á la paz.

El rey de Portugal, animoso y emprendedor, alentado por la conducta dudosa de los condes gallegos Gómez Nuño y Rodrigo Pérez Velloso, tenía en continua alarma á los gallegos, con especialidad á los que moraban en el territorio de Tuy; ni el desgraciado combate en que fué hecho prisionero por Fernando II (1169); ni lo estéril de sus pretensiones acerca de nuestra tierra, le hacían desistir de su empeño, y puede asegurarse que durante su reinado fueron muy frecuentes las algaradas de los portugueses en Galicia². Y á tal punto llegaban los sucesos dirigidos por este primer monarca portugués, que á no encontrarse con el no menos animoso Alfonso VIII, y el diestro Prelado compostelano Gelmírez, acaso hubiera conseguido hacerse dueño del territorio gallego, que vendría á formar parte de su corona.

IV

Acercándonos más á los tiempos de San Pedro González Telmo, hallamos también el país donde venía á predicar la doctrina evangélica recientemente

¹ D. M. de Lafuente. Obra citada, pág. 317, vol. I.

² «Os documentos de aquella época (siglo XII) principalmente os dos concelhos das fronteiras, nos dicen que ó ir roubar ou destruir as propriedades, sobre todo as searas dos inimigos era una empresa que se renovava quasi anualmente». Herculano, Historia citada, lib. III, pág. 9, vol. II.

regado con la sangre de sus hijos (1220 — 1222)¹. No terminadas las luchas de estos pueblos hermanos á pesar de la paternal y previsora política de San Fernando, todavía el campo que venía á cultivar el egregio hijo de Santo Domingo no estaba libre de espinas y abrojos. Para purificarlo y hacer fructificar su doctrina necesitó de todas las gracias que había recibido de lo alto. Con el ardiente amor que sentía por las almas, á imitación del Santo fundador de la Orden, de quien se escribe *que ardía su corazón como un hacha encendida por el dolor de las almas que perecían*, iba suavizando sus costumbres y conduciéndolas por el buen camino. «Consolaba á los tristes, esforzaba los flacos, animaba los fuertes, socorría á los tentados, enseñaba á los ignorantes, despertaba á los perezosos, procuraba levantar los caídos; mas nunca con palabras ásperas, sino amorosas; no con ira, sino con espíritu de mansedumbre, como lo aconseja el Apóstol²». Este retrato que aquí se hace del celebrado Maestro Juan de Avila, de la misma Orden que nuestro San Telmo, le cuadra y ajusta en todos sus pormenores de una manera que nos excusa de hacer otro que no sería, ni con mucho, tan perfecto y acabado.

Pero no sólo atendía al bien espiritual de las almas; cuidaba del propio modo del bien natural de los pueblos, como medio para que aquél se realizase más fácilmente. Así le vemos, cual ya hemos referido, levantar el puente sobre el Miño, poniendo en juego toda su actividad é influencia para con el monarca de Castilla en demanda de recursos para la obra, que aquél se apresuró á facilitar gustoso. ¡Hé aquí cómo la religión cristiana acude siempre al remedio de todos los males, y ayuda, no sólo á la perfección del espíritu, sino también al bienestar material de los pueblos! San Pedro González Telmo realiza esta doble misión inspirado por el cielo: nadie en aquella edad se ocupaba en mejorar la suerte de los pueblos con más celo é interés que la Iglesia, representada por las Ordenes religiosas.

Los monjes poblaban y cultivaban las tierras, que en su mayor parte estaban incultas, edificaban los monasterios que aún hoy admiramos, construían las carreteras, cuyos restos se distinguen todavía, y protegían á los colonos, los cuales, al abrigo de los monjes, vivían en las tierras solariegas libres de la rapacidad de los aventureros y de la de sus mismos señores, en tanto que los demás peleaban en los campos de batalla. La tierra de Galicia por su disposición topográfica, hacía más penoso el apostolado de San Telmo; pero, así y todo, como vivía con el espíritu de Dios, cruzaba los ásperos y escabrosos senderos y salvaba las montañas que separaban á las ciudades de Santiago, de Lugo y Orense lleno de vivísima caridad y despreciando toda clase de peligros. Por último detúvose en la diócesis de Tuy; aquí, sin descansar de tantas fatigas como le había costado el evangelizar las extensas comarcas que acabamos de citar, continuó su obra de regeneración moral y material. Este hermoso país había sufrido mucho con las continuas pretensiones de Portugal, sostenidas por Doña Teresa y su hijo el fundador de la monarquía lusitana; á pesar de todo esto, el infatigable religioso de Santo Domingo venció con la dulzura de su palabra y su profunda humildad, la indiferencia de los pueblos á la sana y pura doctrina que emanaba de sus labios, consiguiendo que renaciese entre ellos la paz, la concordia y las buenas costumbres.

Lástima grande que el autor del *Leyendario* no hubiese dejado consignados, así como lo hizo de sus muchos milagros, los particulares más interesantes de su vida y del país que evangelizaba: sólo sabemos que en la bella comarca de Tuy siguió, no sólo predicando, sino también proporcionando beneficios materiales; pues cuenta aquel curioso documento que, estando en Bayona, edificó el puente de *Ramallosa*, entre Gondomar y aquella villa, sucediéndole en esta ocasión un señalado prodigio que minuciosamente describe, y al cual se debe acaso el que los marineros le invoquen en las tempestades y peligros del mar³.

¹ Nos referimos á las cuestiones de límites entre las autoridades fronterizas en tiempo de Alonso II de Portugal, cuyos soldados se apoderaron de tierras de Limia, dando lugar á varios combates entre gallegos y portugueses: fueron éstos escarmentados por Alonso IX de León hasta encerrarlos en Guimaraes. El mismo Herculano en la citada obra, pág. 232-33, vol. II. No se encuentra en las historias españolas mención de este suceso.

² Fray Luis de Granada, en la *Vida del M. Juan de Avila* que citamos en el texto. Obras completas, vol. VIII, edición de 1771.

³ «Postmodum vero apud Bajonam, et districtum ejus mora contracta ob gratiam more solito predicandi verbum Dei, contigit, cum ipse semel ad pontem de Ramallosa intra de *Minor* (qui ejusdem procuracione et industria construebatur adunate) maximo populo predicaret, facta super

tinará á la conversión de los muchos infieles que pueblan las provincias del Imperio, Bosnia y Herzegovina. Es de advertir que las citadas obras, que en el año último recibieron de Austria 90.000 francos, enviaron á las citadas provincias 95.000, es decir, 5.000 francos más que lo que habían recibido.

Quiera Dios que el Emperador comprenda todo lo odioso de esta expoliación y restablezca las cosas al estado que reclaman la justicia y el derecho.

Por fortuna parece fracasada la expedición filibustera que al mando de Agüero salió de los Estados Unidos con dirección á Cayo-Hueso. Los eternos enemigos de España no ceden en sus propósitos, y á toda hora debe temerse nuevas intentonas de división y de guerra.

Sea el Gobierno implacable en la defensa de la integridad nacional, y sin perder de vista las conspiraciones que se fraguan en el exterior, atienda á las maquinaciones que se llevan á cabo en el interior, á la sombra de nuestra bandera.

La peor raza y la más temible es la de los filibusteros domésticos, alimentados con nuestra propia sangre.

M. RIERA.

QUIERO SER PERIODISTA



A VISITA de mi sobrino Silverio... (Porque ya recordarán mis lectores que tengo un sobrino de lujo, que se llamaba Silverio cuando Dios quería y se llamó Silvio cuando tuvo por conveniente *irregularizar* su partida de bautismo en interés de la estética.)

Iba á decir que la visita de Silverio mi sobrino... (Creo que no habrán Uds. olvidado que recibí días pasados una visita del susodicho sobrino, y que les ofrecí hablar de ella en la primera visita que yo, á mi vez, les hiciera á ustedes.)

Digo (y van tres) que la visita de Silverio, por más que no lo fuese de cumplido, fué una visita *cumplida*: como que duró desde las diez próximamente de la mañana hasta las doce y media de la tarde.

Me parece que no fué visita de médico.

Ni visita de cárceles.

Ni visita de naves.

Ni visita de altares... Los católicos de ahora no gastamos tanto tiempo en estas visitas de pura ceremonia.

Fué una visita larga; una visita que pudiera llamarse de *sobrino y muy señor mío*.

Cuando Silverio se presentó delante de mí tuve intención de devolverle su tarjeta, que aún conservaba en la mano, y despedirle de mi casa sin oírle siquiera; pero luego dominé este primer impulso y me dispuse á tener calma y moderación hasta conocer el motivo de la visita.

No se desconcertó el sobrino ante la fría acogida que le hice; antes bien dejó el sombrero sobre una silla, se adelantó hacia la que yo ocupaba delante de mi mesa, y con la sonrisa más franca y el ademán más cariñoso que puede imaginarse me abrazó sin que yo pudiera estorbarlo, se sentó frente á mí y dijo, mirándome de hito en hito:

—Buenos días, querido tío.

A este saludo, sólo contesté con una ligera inclinación de cabeza.

Silverio prosiguió con su graciosa sonrisa:

—No me mire Ud. con ese ceño, que le sienta muy mal, ni me ponga esa cara de tutor de melodrama, que á cien leguas está diciendo que es una cara postiza...

Al oír este lenguaje quise protestar contra él, y me esforcé por dar á mi rostro mayor expresión de severidad y de dureza; pero debió salirme defectuoso este ensayo de mímica correccional, porque el sobrino se echó á reír de todas veras.

—¿Cómo es eso!—le dije, procurando echar en mi acento la mayor dosis posible de enojo, y acentuando aún más los rasgos fieros de mi semblante—¿te atreves á reírte de tu tío?

—Nada de eso—me contestó siempre risueño—si me río no es de mi tío Blas seguramente, puesto que le desconozco, me lo han cambiado, no es el que tengo delante de mis ojos. Mi tío Blas es una excelente persona, amable, complaciente, tolerante, cariñoso, al paso que usted...

—Yo sí que tendría razón para desconocer al hijo de mi primo Rufó Terrones y de mi prima Anacleta Val, cuando se me cuela de rondón en mi cuarto bajo este nombre falsificado—dije, arrugando entre mis dedos la tarjeta y desarrugando en parte el ceño que hacía reír á mi sobrino.

—No dé usted importancia á esa bagatela, querido tío... Y en todo caso (dicho sea sin faltarle al res-

peto), me parece que no es de Ud. de quien debería partir la primera piedra para castigar un inocente adulterio *nominal*.

—¿Aún te rebelas contra mi justa censura?

—No me rebelo, sino que me defiendo, recordando que no faltan gentes maliciosas que le atribuyen á usted el mismo pecado de suplantación de nombre...

—Bien, bien; dejemos eso, y sepamos á qué has venido.

—Pues he venido á saber cómo estaba usted de salud...

—Perfectamente... es decir, menos molestado de la gota que los meses pasados... Pero tú, ¿á qué vienes por aquí?

—Venía á saludar á usted...

—¡Dale bola! Te pregunto á qué has venido.

—Ya lo he dicho...

—No la has dicho, porque no es nada de eso lo que te trae á mi casa.

—Sí, señor tío; á todo eso vengo, y además...

—¡Acabáramos! Además... ¿á qué?

—A pedirle á usted...

—¡Imposible! Para tí no tengo un cuarto.

—No es dinero lo que vengo á pedirle por ahora, sino un consejo.

—Bastantes te he dado sin que me los pidieses, y bastante mal los has aprovechado.

—Razón de más para que hoy no me niegue usted lo que tan generosamente me ha facilitado en otros tiempos.

—No te canses; se me han acabado los consejos al mismo tiempo que el dinero.

—Vea usted, pues á mí se me ha acabado el dinero...

—Pero te quedan intactos todos los consejos que te he dado en diferentes plazos. Con que gástalos ahora que no tienes dinero que gastar.

—Vamos, tío... Si lo está Ud. deseando.

—¿Yo? A buena parte vienes. No estoy de humor de darte consejos... ¿Y sobre qué hipoteca quieres esos consejos? Sepamos.

—Ya sabía yo que no sería Ud. avaro en esta materia.

—Explicate pronto, ó me retracto.

—Allá voy. Usted sabe que no me falta talento ni disposición natural...

—Te aseguro que no lo había sospechado. ¡Qué diantre! Siempre tiene uno, aunque sea viejo, algo que aprender.

—Usted sabe que no soy un haragán, que leo, que estudio...

—Todo menos las asignaturas de tu carrera.

—¡Es tan árida!

—¿Por qué la emprendiste? Y en todo caso, ¿por qué no la dejaste á tiempo y te hiciste labrador como tu padre?

—¡Yo labrador! ¡Yo sepultarme en Fuentevacuna, poner mi inteligencia en barbecho, segar en flor mis esperanzas, cultivar patatas y melones en vez de cultivar la literatura!...

—¿Y será mejor sembrar vanidades y locas preunciones para recoger calabazas en los exámenes?

¿Te parece más digno empleo el de literato de regadío y orador de pan llevar que el de agricultor honrado y laborioso? Porque no se haga Ud. ilusiones, señor don Silvio de Valflorido y otras hierbas: sus versos no valen mucho más que las berzas del huerto paterno, y en cuanto á sus discursos tribunicios, puede aplicarse perfectamente al autor aquel soneto, que tal vez no conoces ni de vista, que concluye:

* Para orador te faltan más de cien,

* Para arador te sobran más de mil.

—Vaya, querido tío, echemos pelillos á la mar, dejemos divagaciones á un lado y hablemos del asunto que aquí me ha traído.

—No deseo otra cosa.

—Pues bien, tiene Ud. razón hasta cierto punto en el juicio desfavorable que ha formado de mí; la tiene Ud. por completo en sus reprimendas por mi vida pasada; pero lo hecho no tiene ya remedio, y hay que pensar en reparar los yerros hasta donde sea posible y obtener una rehabilitación honrosa.

—Eso es hablar con juicio, y en esa noble empresa me tendrás siempre dispuesto á ayudarte.

—Tarde conozco que he sido un mal estudiante, pero aún no es tarde para comprender que de un mal estudiante no puede salir un buen jurisconsulto, y no quiero ser un jurisconsulto adocenado. Así, pues, estoy firmemente resuelto á abandonar la carrera.

—¿Cuando sólo te falta un año para terminarla, y después de haber malgastado tanto tiempo y tantos miles de duros!...

—Es cosa decidida, querido tío: no seré abogado.

—No serás abogado; no quieres ser labrador; no tienes capital de inteligencia ni capacidad metálica para hacerte industrial; no estás en edad de empen-

der otra carrera literaria; no tienes condiciones legales para servir empleo del Estado; en una palabra, no sirves para nada... ¿Qué te propones ser?

—Periodista.

—Aquí de fray Gerundio de Campazas: «*Deja los estudios y se mete á predicador*»... ¡Tú periodista!

—Como Ud. lo oye. Es una carrera como cualquier otra, y más asequible que otra cualquiera. No exige estudios, ni exámenes, ni grados, ni oposiciones, ni ninguna de esas zarandajas que cortan los vuelos á la juventud y obligan al genio á someterse á los moldes rutinarios...

—Pero ¿tú sabes lo que se necesita para ser un buen periodista?

—¿Pues no he de saberlo? Se necesita poco talento y algo de eso que vulgarmente llamamos *chispa*; algunas nociones de historia contemporánea; algún conocimiento de la política y de los hombres que la manejan; facilidad para asimilarse las ideas de los demás; un poco de osadía para verter las ideas propias, por absurdas que parezcan, con tal que se presenten con alguna novedad; hablar de todo y contra todo sin timidez ni vacilaciones; manejar el sofisma, la ironía, el sable y el florete con habilidad, y cate Ud. un periodista hecho y derecho...

—Deja que te interrumpa para decirte que, no sé por qué, cada idea que se te ocurre me hace recordar el libro del Padre Isla que he mencionado antes. Esa frase *cate usted un periodista* me trae á la memoria otra bastante parecida de ciertas espinelas gerundianas... Cata una de ellas:

La batalla de Bi-tonto,

tonto, no fué en Mon-dragón;

dragón que vió la f-unción,

unción tomó junto al Ponto.

Si al Parnaso me re-monto,

monto sobre tí, pol-lino;

lino se hila en el mo-lino,

lino de monje ca-zurro;

zurro y más zurro á este burro...

y cádate un desatino.

—La décima es, con efecto, un desatino, mas mi propósito de hacerme periodista no tiene nada de desatinado.

—Pero ven acá, sobrino de mis pecados; aun suponiendo que el periodismo fuese *eso* que tú te figuras, y dando de barato que te encuentres en condiciones para entrar como monaguillo en ese templo de la moderna idolatría, ¿qué porvenir ni qué posición social puedes prometerte?

—¡Ay, tío! Usted no vive en este mundo. Vuelva usted la oración por pasiva y pregunte más bien: ¿A qué no puede aspirar un periodista? ¿De dónde han salido, sino de la Prensa, nuestras eminencias políticas? ¿Qué palanca hay más poderosa, qué arma más formidable, qué escala más segura para mover la opinión, para luchar con ventaja, para asaltar las más encumbradas posiciones en la sociedad? El periodismo es, no diré un sacerdocio, por no repetir una frase ya tan vulgar, pero sí un fogoso caballo que, manejado con destreza y espoleado con energía...

—Mira, Silverio, apéate por favor, que temo te desboques... es decir, se te desboque la cabalgadura, y vengamos al terreno pedestre de la realidad. Supongamos (y no es poco suponer) que te procuras un puesto en la Redacción de un periódico importante; que haces tus pruebas como gacetillero, único cargo á que podrías aspirar por de pronto; que el director, pasando por encima de tus faltas de ortografía y saltando, para no salpicarse, por encima de tu sintaxis, te acepta por redactor de número y te señala un sueldo que no excederá seguramente de veinticinco duros al mes y que cobras con puntualidad... Ya ves que no puedo llevar el optimismo á mejores términos... ¿Es éste el porvenir que te has creado en tus sueños de ambición y de gloria?

—Acepto la situación tal cual Ud. la presenta. No soy más que gacetillero... el sueldo es lo de menos. A los dos meses me habré hecho una reputación y ascenderé á redactor de fondo.

—¿Cómo?

—Eso sería largo de explicar; pero lo resumiré en una sola frase: *por el escándalo*.

—No te comprendo.

—Por ejemplo, se trata de denunciar el mal estado del pavimento de las calles, y escribo una gaceta en estos ó parecidos términos:

«El empedrado de las calles de Madrid recuerda los tiempos de la ronda de pan y huevo... ¡Qué empedrado y qué Ayuntamiento! ¡Qué concejales y qué adoquines!... Consolémonos con la idea de que la situación vergonzosa de la vía pública corre parejas (y no de vigilantes, puesto que no se los ve en ninguna parte) con la situación política de que estamos atravesados. ¿Cómo puede esperarse que el carro del Gobierno marche desembarazado por la vía del progreso, cuando no pueden transitar los carros por la

calle de Tal? Cuando seamos poder, las calles de Madrid estarán magníficamente conservadas, y sin gastar un céntimo para ello, porque obligaremos á trabajar en el empedrado á todos los reaccionarios, etcétera, etcétera."

—Pero eso no tiene sentido común.

—Déjeme Ud. proseguir. Se estrena una producción dramática de un autor que milita en un partido contrario al que representa el periódico en que yo escribo. La obra es buena, al decir de los críticos desapasionados y en opinión del público, que la ha aplaudido con entusiasmo; pero yo no me dejo arrastrar por el juicio de los demás; yo tengo criterio propio, y al dar cuenta del drama digo:

"Anoche hubo varios estrenos en el teatro de... La baronesa de H... estrenó una peluca rubia que le habrá costado buen dinero; se estrenaron dos decoraciones, única cosa original en el espectáculo; estrenaron entendimiento (que por cierto les salió corto de alcances) los críticos X y Z, juzgando el otro estreno de la noche, que era, por cierto, el más insignificante, á saber: una *quisicosa*, escrita en renglones desiguales, á modo de versos; soporífera como un discurso del ministro de Hacienda; anodina como la prensa ministerial, y sin pies ni cabeza como la situación bajo cuyo mando se cometen tales atentados literarios. El público sensato la acogió con desdenosa indiferencia; sólo algunos amigos políticos del autor se dignaron aplaudirle, por la costumbre de aplaudir todo lo desatinado..."

—Eso es una serie de insolencias, eso es faltar descaradamente á la verdad, eso es hacer del periódico un libelo y de la pluma un palo de escoba...

—Eso es el escándalo, querido tío; eso es el periodismo moderno, y eso es lo que yo sabré cultivar desde el modesto chiribitil de la gaceta, y lo que me dará notoriedad y fama.

—No, no me convencerás de que por tal camino se llegue á adquirir reputación de periodista.

—Para Uds. los que miran las cosas á través de los lentes convexos de la ancianidad y quieren aplicar un criterio de moral anticuada á la manifestación libérrima del pensamiento...

—No sigas, porque me harás perder la calma.

—Como Ud. quiera; pero no debe Ud. tomar tan á pechos estas cosas. Permita Ud. que le dé alguna otra muestra del inmenso partido que puede sacarse de la gaceta de un periódico teniendo en cuenta que en política el fin justifica los medios. Si tengo que dar cuenta de un crimen, empezaré diciendo: «Desde que impera el partido... (el que esté entonces en el poder) la estadística criminal aumenta en la misma proporción que los impuestos..."

Si un ministro da un banquete diplomático, lo mismo le censuraré si es espléndido que si es modesto. En el primer caso: «Con el sudor del pueblo contribuyente se puede dar banquetes dignos de Lúculo, como el que ha dado anoche el ministro de...» En el segundo: «Hasta en esas ocasiones se muestra mezquino y corto de talla el Gobierno, que sólo es pródigo en arbitrariedades y en desaciertos. ¿Qué opinión habrán formado de la proverbial galantería y de la decantada liberalidad de los españoles los dignos representantes de los países extranjeros que anoche asistieron al banquete del ministro de...!» Pues supongamos que la comida ni es espléndida ni mezquina. Entonces pasaré por alto la parte culinaria, y diré que el anfitrión estaba *déplacé* entre sus comensales; que no sabía coger el tenedor ni sostener la conversación, porque no conoce ninguno de los idiomas que se hablaban en la mesa; que se manifestó sorprendido al ver que el representante de Venezuela se espesaba en español, y le preguntó dónde había aprendido á hablar tan correctamente este idioma, etc., etc.

Perdón, queridísimos lectores míos: advierto que acabo de poner el número 23 á esta cuartilla, y por consiguiente que el artículo resulta, por lo largo, digno de la visita de mi sobrino Silverio. Dejémoslo hasta la década inmediata.

BLAS.

DON MANUEL TAMAYO Y BAUS

Nació este insigne poeta en Madrid el 16 de Setiembre de 1829. Fueron sus padres D. José Tamayo y Doña Joaquina Baus Ponce de León, modelos ambos de bondad y honradez, y de dulce y apacible trato. La temprana muerte de aquella señora, tan hermosa de cuerpo como de alma, hizo profunda impresión, cual es de suponer, en el corazón delicadísimo del hijo, y los accidentes de aquel día tan amargo se retratan en alguna de las concepciones magníficas del poeta. Joaquina, casta esposa y enriquecida con extraordinarias virtudes de madre, contóse entre las más grandes actrices de su tiempo. Gozábale en ver á su hijo lleno de infantil amor á las letras, y en que á los ocho años el chico estudiara sin descanso las literatu-

ras dramáticas extranjeras, afanándose por traducir del francés muchas piecitas cómicas, que sin nombre de autor representaban en la escena los padres de Tamayo, con singular esmero y con sumo deleite del público. Diez años tenía el poeta cuando arregló y dió al teatro de Granada su refundición, más bien que traducción literal, del drama de *Genoveva de Brabante*. Todos los actores echaron el resto, y el auditorio, aguijoneado por la costumbre que acababa de introducirse en Madrid de llamar al palco escénico á los autores que colmaban sus esperanzas, prorrumpió en vítores deseando conocer al ingenio que tanto acababa de sorprenderlos. Espectáculo inolvidable para Granada fué el de ver salir á la escena aquella Joaquina de presencia tan gallarda, tan noble y de rostro tan hermoso, toda conmovida y agitada, trayendo entre sus dos manos y cubriendo de besos á su hijo, el hoy prodigioso dramático español.

Tamayo, á los diez y seis años, fué empleado por su tío el afamado poeta D. Antonio Gil de Zárate. Subió á oficial de Secretaría del ministerio de la Gobernación, y últimamente á jefe de la Biblioteca de San Isidro de Madrid. Después de 1868 se ha negado á ocupar ningún puesto público á pesar de haber sido muy solicitado para ello. Su modestia compite con su mérito sin igual, y esta figura admirable en todo el mundo civilizado vive ni envidiado ni envidioso en el pacífico retiro de su casa.

A los diez y nueve años contrajo matrimonio con la señora Doña María Amalia Miquez, resobrina del gran Isidoro, la cual, con su mucha virtud, discreción y belleza ha sido digna compañera del dramático, y ha hecho que la felicidad fije su asiento junto á los dos esposos.

Tamayo ha extremado el desdén á la falsa vanagloria hasta el punto de no firmar sus poemas dramáticos y huir del teatro las noches de su estreno. Los diversos seudónimos, como el de *Joaquín Estébanez*, *El Otro*, *D. Fulano de Tal*, etc., y otros más vagos con que suscribe las obras, han sido completamente inútiles. Ellas mismas aparecen firmadas por su autor verdadero, y el público ha tenido siempre el instinto maravilloso de saber que no eran de otra pluma sino de la del Esquilo español. Cada estreno ha sido un triunfo envidiable, espontáneo siempre, no preparado jamás. Los rasgos de la pluma de Tamayo no envejecen: son como los diamantes, que están siempre en su ser. Mientras vivan la lengua castellana, y el juicio y el buen gusto, un drama de Tamayo cautivará y subyugará siempre.

Baste citar entre sus obras más notables las que siguen: *Ángela*, donde el colosal interés producido por medios naturales no decae un solo punto. — *Virginia*, la primera tragedia española, como decía Quintana á sus amigos, doliéndose de tenerlo que confesar. — *La locura de amor*, uno de los cuadros históricos de mayor valor que ha producido el ingenio, y donde por manera portentosa aparece retratada la hija de los Reyes Católicos y explicada la índole de su locura. En la última escena, cuando Doña Juana ve morir á D. Felipe el Hermoso, los sentimientos que manifiesta la protagonista se ven pintados al natural recordando el poeta la muerte de su idolatrada madre. — *Hija y madre*, donde Teodora Lamadrid y la niña Pepita Tirado levantaron el arte escénico á su mayor altura. — *La Rica-Hembra*, en colaboración con D. Aureliano Fernández-Guerra, y cuya versificación compite con lo mejor de nuestro antiguo teatro, y donde la época de D. Juan I aparece llena de vida y lozanía. D. Eugenio de Ochoa, en sus críticas semanales, calificó este drama de regia y magnífica galería con hermosas vistas á la Edad Media. — *La bola de nieve*, comedia cuya versificación no tiene igual, y en que la celosa pasión se halla descrita y castigada con buril de fuego. — *Huyendo del perejil* es una piecetta llena de chiste y animación, que vale por un poema de mayores dimensiones. Hasta aquí el dramático no tuvo reparo en confesarse públicamente por autor de tales obras. Ellas le abrieron de par en par, y por voto unánime, las puertas de la Real Academia Española el 18 de Marzo de 1858, la cual le brindó con el sillón que habían ocupado el ministro D. José de Carvajal y Lancaster, el duque de Alba, el marqués de Santa Cruz y el erudito García de Arrieta. Hasta 12 de Junio de 1859 Tamayo no se posesionó de su silla. Dióle la bienvenida á nombre de la Corporación el Sr. Fernández-Guerra, testigo de los triunfos infantiles del nuevo académico, á quien ha amado siempre como á hermano menor, pues le adelanta en años de vida.

Desde 5 de Febrero de 1874 es Secretario perpetuo de la primera de nuestras Corporaciones literarias. Diez años hace que desempeña el cargo, y muchos más los de vocal de las Comisiones de Gramática y Diccionarios vulgar y de autoridades. Por ello, realizada con la luz de varón tan sabio, activo, ingenioso y formal, la Academia resplandece soberana en cuantas partes del orbe se habla la hermosa lengua de Cervantes.

No se explica por qué el académico se detuvo en dar nuevas producciones al teatro, y cómo todas las posteriores se imprimieron bajo seudónimo. Citaremos como importantísimas *Lo Positivo*, en que por vez primera sonó en nuestros oídos el seudónimo de D. Joaquín Estébanez, fantaseado con el de la madre del poeta y el segundo apellido del padre. Al día siguiente de la representación, que fué admirable, celebraban todos lo bien que habían estado Teodora y Arjona, y se preguntaban qué otros actores habían hecho con indecible perfección tal ó cual papel, ilusionado el público por el fiel retrato de muchos personajes del drama que no salen á la escena. — *Del dicho al hecho*, pensamiento filosófico de suma trascendencia, de la familia de la *Vida es sueño* y del *Desengaño en un sueño*, pero desarrollado con sin igual novedad y sorprendente artificio. — *Lances de honor*, quizá el cuadro más importante de la pluma de Tamayo, anatematiza, esteriliza y arroja á la execración pública los duelos y desafíos. En esta obra muchos escritores posteriores han entrado á saco y como por casa propia. — *Un drama nuevo* se estrenó en Madrid por don Victorino Tamayo, hermano menor del autor y uno de los mejores actores de España, y por la admirable Teodora. Propúsose el poeta que en la representación se confundiesen

la ficción y la realidad, y cuantas veces se pone en escena la obra caen en el lazo no pocos espectadores. Sakespeare es figura principal en el drama, y el fin moral hacer espantoso y prevenir el adulterio. — *No hay mal que por bien no venga*, dirigido á demostrar que fuera de la filosofía cristiana no hay otra filosofía. — *Más vale maña que fuerza* estimese ingeniosísima pieza en un acto; allí Teodora y la Matilde rivalizaron en conocimiento de la escena y en dar al arte su mayor realce y atractivo. — *Los hombres de bien*: pensamiento de suma trascendencia y enseñanza, supuesto que pone de bulto cómo la indiferencia y apatía de los hombres de bien son las más veces el origen de espantosas catástrofes.

Tamayo goza envidiable reputación en todo el mundo civilizado. Muchas de sus obras, como, por ejemplo, *La locura de amor* y el *Drama nuevo* han sido traducidas al portugués, al francés, al inglés, al italiano, al alemán y á otras lenguas del Norte. Dos traducciones inglesas del *Drama nuevo*, ocasionaron pleitos y condenas de increíbles sumas en los Estados Unidos. Tamayo, que se preocupa muy poco de satisfacer la vanidad humana, se halla sorprendido á toda hora con los artículos biográficos que le dedican los principales diccionarios extranjeros, y con testimonios de admiración y respeto en todas partes. Sólo algún periódico de muñecos, donde toda persona insignificante en España alcanza esmeradísimo retrato, esperará á que muera el incomparable dramático español para ofrecer de cualquiera manera su imagen.

Los rasgos de la pluma de Tamayo, como los de Cervantes, por ligeros que sean, no se confunden con otros ninguno. Reflejan á maravilla la dulzura y apacibilidad de su carácter, y la mucha discreción y viveza de su ingenio, prendas que subyugan y avasallan la voluntad de cuantos logran hablar una vez con el altísimo poeta.

Toda Europa, toda América reconoce y confiesa que Tamayo ha dado el empleo más noble y generoso á las colosales fuerzas de su genio incomparable. Dios, la patria, la familia, la moral, el honor, lo verdadero, lo bueno y lo bello le inspiran siempre. Jamás rinde tributo á los errores vulgares, ni á los triunfantes sofismas, ni al ajuglarado empeño de lisonjear ciegas y brutales pasiones. En los dramas de Tamayo aparece en primer término la mujer como el ser en cuya mano están la prosperidad ó la ruina de las naciones. Pinta á la madre solícita, y la contrapone á la que por ceguedad, orgullo ó imprudencia es causa de su propio descrédito y perdición. Pinta á la esposa casta, y la compara con la infiel, presa de insostenibles tormentos. Pinta á la doncella púdica, sencilla, satisfecha en la dulce tranquilidad del modesto hogar doméstico, y á su lado retrata á la que sueña en el boato y vanidades estériles del mundo. Gózase en describir por todas sus fases la congojosa pasión de los celos, que acaba por perturbar el juicio de quien los abriga ó por facilitar el resultado que el celoso teme, viniendo á ser éste el único autor de sus desgracias. La mujer en la cumbre del poder y de la grandeza, la mujer en la clase media de la sociedad, la mujer humilde y pobre dan generoso y fecundo pábulo al estro envidiable del inmortal autor de *La locura de amor*, del *Drama nuevo* y de los *Lances de honor*; la reina, la actriz y la lavandera son figuras humanas en la pluma del poeta, interesantes á maravilla y capaces de dar lecciones provechosísimas á quien posea un corazón no corrompido. A la mujer ha consagrado, pues, su lira el insigne dramaturgo, no á plantear ningún problema somnoliento y utópico. Los resortes de que se vale son sencillísimos, pero de fuerza igual á la del vapor y la electricidad. Ni el *delirium tremens* ni menor calentura inflamó el estro del vate. La naturaleza le prestó los rayos de su luz, el verdor y el hechizo de sus campos, el delicioso murmullo de sus aguas y cuanto bello, seductor é instructivo llevan en sí las obras que salieron de manos del Omnipotente.

LOS GRABADOS

DON MANUEL TAMAYO Y BAUS

(Véase la biografía que antecede, escrita expresamente para nosotros por una pluma que á sí misma se denuncia.)

RECUERDOS DE ANDALUCÍA

15.—Torre de las damas en la Alhambra.

Es una de las que rodean el recinto de la Alhambra. Ha llevado diferentes nombres, como Baño de Damas ó Casa de las Odaliscas. Se cree fué la residencia que construyó Ismael para la sultana Olva. Su construcción es del mejor gusto morisco. En aquel tiempo era una casa; pero en la actualidad, transformado el edificio, no queda de notable más que la torre ó mirador, que está revestido de los más preciosos adornos de toda la Alhambra.

16.—Aljibe de San Miguel en Granada.

Tiene un interés exclusivamente pintoresco, que caracteriza las escenas y cuadros de costumbres granadinas.

17.—Torre de la Vela en la Alhambra.

En esta histórica torre se halla colocada la campana que marca la duración de los riegos de la vega. Es un torreón de las antiguas fortificaciones de la Alhambra, escaso de mérito artístico, pero famoso por su vista, que abraza la ciudad y la inmensa vega, y por lo que ha sonado su campana en los fastos granadinos. Un rayo la desmoronó el 22 de Mayo de 1881; pero ya ha sido restaurada, con gozo de los hijos de la ciudad de Isabel la Católica, que aman como pocos las tradiciones de su patria.

18.—Gitanos, tipo granadino.

Aunque la raza de los gitanos es extraña á nuestra Patria, procediendo de Egipto según lo más probable, tantos siglos hace ya que vive entre nosotros que en cierto modo forma parte de nuestros tipos nacionales. Los gitanos tie-

puerta los ociosos zánganos sin otro oficio que su eterno murmurar.

Pusiéronse lenguas en los que, tratando asuntos graves y elevados, se valían de nuestro común romance. Pero salió al encuentro el temible adalid y excelso defensor de la lengua patria, aquel mismo autor de los *Nombres de Cristo*, quien, parándose un momento á escuchar á los murmuradores, con una mirada desdeñosa y desprecio soberano redujolos para siempre á silencio; y prosiguió él su paso sosegado y tranquilo, mostrando por la obra los primores de que es susceptible, bien manejado, el romance castellano, y alardeando de decir en él apropiada y graciosamente «cosas altas é sotiles», y ostentar la gentileza y gallardía de su talle, su cadencia armoniosa, y sobre todo el majestuoso continente de su dignidad y soberanía.

Pero ¿á qué hablo yo? Siquiera porque en este discurso, y ante auditorio tan respetable, se oiga algo español, he de traer las palabras mismas y sólidos razonamientos del gran Maestro: «Es engaño común, decía, tener por fácil y de poca estima todo lo que se escribe en romance, que ha nacido, ó de lo mal que usamos de nuestra lengua, no la empleando sino en cosas sin sér, ó de lo poco que entendemos de ella, creyendo que no es capaz de lo que es de importancia; que lo uno es vicio y lo otro engaño, y todo ello falta nuestra, y no de la lengua, ni de los que se esfuerzan á poner en ella todo lo grave y precioso que en alguna de las otras se halla. Mas dirán que no lo dicen sino por las cosas mismas que, siendo tan graves, piden lengua que no sea vulgar, para que la gravedad del decir se conforme con la gravedad de las cosas. A lo cual se responde que una cosa es la forma del decir y otra la lengua en que lo que se escribe se dice. En la forma del decir la razón pide que las palabras y las cosas que se dicen por ellas sean conformes, y que lo humilde se diga con llaneza, y lo grande con estilo más levantado, y lo grave con palabras y con figuras cuales convienen... Que si porque nuestra lengua la llamamos vulgar se imaginan que no podemos escribir en ella sino vulgar y bajamente, es grandísimo error: que Platón escribió ni vulgarmente, ni cosas vulgares, en su lengua vulgar. Y no menores ni menos levantadamente las escribió Cicerón en la lengua que era vulgar en su tiempo. Y por decir lo que es más vecino á mi hecho, los santos Basilio y Crisóstomo, y Gregorio Nacianceno y Cirilo, con toda la antigüedad de los griegos, en su lengua materna griega, que cuando ellos vivían la mamaban con la leche los niños, y la hablaban en la plaza las vendederas, escribieron los misterios más divinos de nuestra fe, y no dudaron de poner en su lengua lo que sabían que no había de ser entendido por muchos de los que entendían la lengua... Mas á los que dicen que no leen aquestos mis libros por estar en romance y que en latín los leyeran, se les responde que les debe poco su lengua, pues por ella aborrecen lo que si estuviera en otra tuvieran por bueno. Y no sé yo de dónde les nace el estar con ella tan mal, que ni ella lo merece, ni ellos saben tanto de la latina que no sepan más de la suya por poco que de ella sepan, como de hecho saben de ella poquísimos muchos... Y si acaso dijeren que es novedad, yo confieso que es nuevo, y camino no usado por los que escriben en esta lengua, poner en ella número, levantándola del descaimiento ordinario. El cual camino quise yo abrir, no por la presunción que tengo de mí, que sé bien la pequeñez de mis fuerzas, sino para que los que las tienen se aminen á tratar de aquí adelante su lengua como los sabios y elocuentes pasados, cuyas obras por tantos siglos viven, trataron las suyas, y para que la igualen en esta parte, que le falta, con las lenguas mejores, á las cuales, según mi juicio, vence ella en otras muchas virtudes¹»

(Se continuará.)

Á LA IGLESIA

¡Salve! Roca inmovible do á estrellarse
Viene el hervor de la espumosa saña
Del siglo audaz á la soberbia esclavo,
Súbdito fiel á la razón avara.
¡Salve! Sostén del corazón transido
Por las penas que el mundo cruel regala.
¡Salve! Legislador del albedrío,
De la ruindad y la miseria humanas.
De un Dios excelso creación divina
¡Salve! Iglesia inmortal, reina adorada,
Faro esplendente de radiosos rayos
Que el puerto muestras y su boca marcas.
Monarca augusto de dominios vastos
A cuyo cetro paternal, domadas

¹ Introducción al libro III de los *Nombres de Cristo*.

De cien generaciones las cabezas,
De hinojos depusieron su arrogancia.
Ante tí humildemente me prosterno
Absorta, muda y respetuosa el alma,
Que á comprender tu majestad no acierto,
Pues á mi corta comprensión rebasa.
A tanta excelsitud y tal grandeza,
¿Quién no baja la frente, subyugada
La mente altiva que el orgullo yergue,
Y miserable y ruín no se anonada?
Fundóte Dios, que en su saber inmenso
Al hombre quiso dar bella morada
Donde tuviera venturoso asilo,
Donde paño de lágrimas hallara.
Y porque nada, en desposorio santo,
A tu poder y tu virtud faltara,
En tí fijó su residencia eterna
La majestad del cielo soberana.
Misión grandiosa ejerces: tú la tierra
Unes al cielo con divina escala,
Por donde sube la virtud sublime,
Por donde hermosos los consuelos bajan.
Bálsamo viertes en el alma herida,
Esposa del cordero immaculado,
Las llagas curas del dolor intenso
Y en almo gozo el corazón inflamas.
Del Sinaí la ley niveladora,
Ley inmutable cual divina santa,
Que de los hombres el orgullo loco
No trunca ni transforma la ignorancia,
Con caracteres de candente fuego
En lo interior de la conciencia grabas,
Que sin tortuosos laberintos sigue
La senda fácil que su autor señala.
No hay ante tí magnates poderosos,
Que la igualdad practicas y proclamas,
Y es tu sumiso súbdito obediente
El más alto y omnímodo jerarca.
Igualdad verdadera: no el moderno
Mote que aplica sociedad liviana
A negra esclavitud, que, vil, sujeta
Del error en las mallas apretadas.
La paz esparces en sangrienta lucha
Que estragos hace al son de la metralla,
Y el odio vengativo y los rencores
Cual madre tierna y cariñosa aplacas.
Y desdichados hay, miseros ciegos
Que lejos de tu seno buscan calma,
Y lenguas maldicientes y blasfemas
Que envenenarte quieren con su baba.
Siempre el furor del enemigo insano
Quiso aherrrojarte con maldita saña
De su mazmorra en las cadenas fieras,
Y nunca tu altivez vió domeñada.
De la impiedad y del error, el dolo,
Contra tí de consuno conjuradas,
Cebarse quiere con rapantes uñas
Mas penetrar no puede tu coraza.
Y del averno las rabiosas voces
Con fuerte brío rencorosas braman;
Pero contra tus armas poderosas
Prevaler no puede su pujanza.
Triunfante, enhiesto tu pendón ondea
Con la cruz vencedora y sacrosanta,
A cuya sombra tu escogido pueblo
Se cobija y espera remembranza.
A su lado la diestra poderosa
Está del fuerte Dios de las venganzas.
¿Y quién, cobarde, la derrota teme
Con ayuda tan grande y tan sagrada?
Mas ¡ay! que está preñado el horizonte
De téticos celages: nubes pardas
Cubren al cielo en su extensión inmensa
Y pavorosa tempestad estalla.
Y ruge con furor desesperado
Deshecha y bramadora la borrasca,
Y la nave de Pedro combatida
Corre sin mástil, vela ni mesana.
No tiene indicios de cesar el trueno
En sus roncas terribles amenazas,
Ni que el viento irascible, huracanado,
Calme en furor, se alienta una esperanza.
Está negra la atmósfera, asfixiante;
La oscura cerrazón muy condensada;
La mar rugiente, embravecida y loca,
Es torrencial la lluvia y desatada.
Pero intrépida va la navecilla,
Que, por fuerte que sea la oleada,
A estrellarse vendrá sin hacer ruido
Sobre sus pobres pero fuertes tablas.
Y tras el surco que grabado deja
El naufrago infeliz inquieto nada,
Hasta que toca de su borde el flanco
Y á ella febril con ansiedad se agarra.
¿Cuándo la furia? ¿La tormenta cuando
Con sus horrores y fragor se aplaca?
¿Cuándo luce del sol esplendoroso
La hermosa y pura luz de la bonanza?

¡Lucirá! Rasgaránse las tinieblas;
El cielo mostrará su faz galana,
Y los luceros de la noche umbría
Harán hermosa y fúlgida alborada.
La mar serena cesará sus iras,
Soplará el viento, con la vela hinchada
Navegarás con ligereza suma
Por las tranquilas murmurantes aguas.
Y en tus pendones brillarán los rayos
De la luz de la fe vívida y clara:
Porque ¿quién como Dios? ¡El sólo es grande!
¡Y á su nombre Luzbel la frente baja!

X.

DOS VICTORIAS EN UN SOLO COMBATE



mediados del siglo XIII, centuria gloriosa por sus santos y sabios, vivía en Montcornillon, cerca de Lieja, una religiosa hospitalaria, de nombre Juliana, muy devota del Santísimo Sacramento. Esta piadosa mujer, desde los diez y siete años, vióse precisada á luchar con la imagen de la luna llena, pero aportillada, que se apoderaba de su mente apenas se ponía en oración. Durante algunos años fué víctima de imaginación tan importuna; pero al fin suplicó á Dios, temerosa, que le aclarase aquel misterio, y el Señor se dignó inspirarle que aquel portillo en la luna llena significaba la falta en la Iglesia de una festividad instituída en honor de la Sagrada Eucaristía, recibiendo á la vez orden y encargo de promover dicha institución.

Fué consultado el extraordinario caso con Santiago Pantaleón, entonces arcediano de Lieja, y otros personajes ilustres en virtud y ciencia, todos los cuales opinaron que se debía acceder á la solicitud de Juliana, y en 1246 el obispo de Lieja instituyó para su diócesis la fiesta del Santísimo Sacramento.

Seis años después, Hugo de Saint-Cher, Provincial de los Dominicos y Legado pontificio en Alemania, hizo extensiva tan solemne festividad al territorio entero de su legación.

Pero como hasta las cosas más santas han tenido y tienen contradictores, sacerdotes hubo que rechazaron la nueva solemnidad religiosa en atención sin duda á su procedencia.

Jesucristo Nuestro Señor Sacramentado, que se ha servido muchas veces de los humildes y pequeños para la realización de cosas soberbias y grandes, quiso, en fin, que el arcediano Santiago Pantaleón subiese á las alturas del trono pontificio con el nombre de Urbano IV; y como no cedía en devoción por el Sacramento de amor á la piadosa Juliana, resolvió extender á la Iglesia universal la fiesta del Santísimo Corpus Christi.

Al efecto encargó la composición del indispensable oficio á los dos más grandes Doctores de su tiempo, santos y sabios que brillan hoy en el cielo de la Iglesia triunfante como astros de primera magnitud y eran entonces preciado ornamento y orgullo legítimo de las Ordenes perennitas de Predicadores de Santo Domingo de Guzmán y de Menores de San Francisco de Asís.

Los discípulos celeberrimos de Alberto Magno y Alejandro de Hales cumplieron como buenos tan honroso encargo, é introducidos ambos á presencia del Romano Pontífice Urbano IV, dió comienzo el combate literario. Ordenó el Papa al Doctor Angélico Santo Tomás de Aquino que leyese su trabajo, y aquel buey mudo de Sicilia, cuyos mugidos, según frase profética de su maestro Alberto Magno, resonarían en todo el mundo, desató sus labios y leyó ese admirable *Oficio*, compuesto de prosa, salmos é himnos, que actualmente reza y canta la Iglesia, emporio de los más altos conceptos teológicos, unidos al amor más acendrado y sublime, y expresados unos y otros por medio de las severas armonías poéticas.

San Buenaventura, el humildísimo Doctor Seráfico, que era el competidor del Angel de las Escuelas en virtud de terminante mandato pontificio, escuchaba á Santo Tomás lleno de asombro, y movía rápidamente sus dedos debajo del pobre y ceniciento sayal.

Cuando recibió orden de leer su trabajo sacudió modestamente el hábito, y los pedacitos de su triturado *Oficio* cayeron á los pies del Papa, el cual aplaudió tanta humildad, adoptó el *Oficio* de Santo Tomás y en 1264 publicó una Bula instituyendo para toda la cristiandad la fiesta solemnísimas del Santísimo Corpus Christi, y ordenando que se celebrase todos los años, el primer jueves después de la octava de la Pascua de Pentecostés.

Uno fué el combate y dos las victorias. La ciencia fué coronada en el Doctor Angélico y la humildad en el Doctor Seráfico.

M. POLO Y PEYROLÓN.

Valencia 7 de Marzo de 1884.

LA ROSA BLANCA DE LOS KERMADEC

(Continuación)

I



NTEs de la Revolución, en la cumbre de la colina que domina este valle se levantaba un vasto edificio, cuyas torres y espesas murallas, ennegrecidas por los años, atestiguaban su antiguo origen. Hacía ya algunos siglos, en efecto, que el castillo de Kermadec resistía á los estragos del tiempo; mas en esta época había padecido graves deterioros. El ala del edificio más expuesta á las intemperies de las estaciones amenazaba ruína, y la familia se había visto obligada á abandonarla.

Los castellanos, lejos de pensar en reconstruirla, consideraban esta decrepitud como una honra. El origen del castillo era el de la nobleza de los Kermadec, y tanto como los pergaminos, las seculares murallas confirmaban la antigüedad de la familia. Esta orgullosa debilidad era una falta. ¡Es lo que no me atreveré á decir hoy, que una mano diferente de la del tiempo ha destruido para siempre esos gloriosos restos de lo pasado! ¡Extraña semejanza! Los señores de Kermadec se parecían á su vieja morada.

Ricos y poderosos en otro tiempo, habían desempeñado empleos importantes en la Corte; habían perdido la mayor parte de sus bienes, y vivían lejos del mundo, olvidados, casi desconocidos. Todos habían sido valientes guerreros y fieles servidores de la realeza, y los últimos de la familia tenían todavía una bella herencia en las tradiciones de honor y de virtudes que les habían legado sus antepasados.

El jefe de la familia en 17... era el conde Reginaldo, noble y bizarro carácter, á quien no convenían el aire de la Corte y las intrigas de ciertos cortesanos. No era partidario de la moral fácil que sabe halagar ciertos vicios y hacer uso de toda clase de influencias, lo cual contribuyó á que perdiera todo su crédito en poco tiempo. Sus servicios quedaron sin recompensa y su probada fidelidad desconocida. Sintiendo mal en medio de tantas intrigas, y siendo demasiado altivo para descubrirlas, resolvió retirarse á Vendée. La condesa, buena y piadosa mujer, que amaba á la reina María Leczinska con verdadero afecto, quiso retener á su marido en la Corte; mas al fin, cansada de verle muchas veces calumniado y despreciado, cedió al deseo de volver á Kermadec.

El castillo, que la familia visitaba apenas una vez al año, estaba abandonado, hacía un cuarto de siglo, al cuidado de un intendente. El conde y su esposa hallaron lejos del mundo el reposo y la tranquilidad de que habían estado privados durante largos años.

No obstante las pérdidas de fortuna, la renta de los dominios bastaba á su tranquila existencia. Hallábanse tan felices en su viejo castillo, que sentían vivamente haberse alejado de él por tanto tiempo.

El único hijo, el vizconde Jorge, contaba entonces veinte años. Habíase ya distinguido como capitán bajo las órdenes del mariscal de Broglie. Convaleciente de una herida grave, vino con licencia de algunos meses á la casa paterna: la felicidad de los condes fué completa, mas duró poco. La señora de Kermadec, de salud muy delicada, murió en los brazos de su marido y de su hijo. Jorge comprendió la soledad en que iba á dejar á su padre si volvía al regimiento, y pidió su licencia absoluta. Algunos años más tarde casóse con una joven huérfana educada en un castillo vecino de Kermadec. No trajo á su marido más dote que su nobleza y sus virtudes, pero en cambio volvió á traer la felicidad al hogar del conde, triste y desierto desde la muerte de la condesa. Digna en todo de la que reemplazaba, la joven condesa se conquistó el respeto y el afecto de todos los que la rodeaban. Sólo Jorge hubiese querido hallar en su mujer cierta firmeza de carácter. Hubiera preferido á su dulzura inalterable cierta resolución que se aliase mejor con la organización fuerte y enérgica que había heredado de su padre. Hubiera querido llevarla consigo á caza; mas tímida y medrosa, se asustaba del más pequeño espanto de su caballo, y la detonación de una arma de fuego la hacía temblar, lo cual era el motivo de que se quedara casi siempre en el castillo en compañía del conde Reginaldo. Un criado á quien Jorge mostraba sincero afecto, seguía en todas las circunstancias: este criado era Antonio. Huérfano desde su niñez, había sido recogido y educado en el castillo: quería á sus amos como si fuesen su propia familia; era, en efecto, la sola que había conocido; para él no había otra patria que las almenas del castillo, ni otro afecto que el que profesaba á los que le habitaban. Mas bien amigo que servidor, Antonio formaba parte, por decirlo así, de la familia de Kermadec; pero ¡ay! el cielo le reservaba el dolor de sobrevivir á todos sus miembros. Un nuevo reino comenzaba, y Jorge hu-

quiera podido hallar cerca de Luis XVI el rango que merecían su nombre, y sus servicios militares quedados sin recompensa; pero ni siquiera pensaba en semejante cosa, y ocupábase exclusivamente en la educación de sus dos hijos, Paul y René; además, su anciano padre aprobaba su gusto de vivir en la soledad. — «Créeme, Jorge — decía muchas veces el viejo conde — conserva siempre esta tranquila y dulce existencia: vives aquí feliz, y las luchas de la ambición y el tumulto de la Corte no reemplazarán jamás tu apacible felicidad.» Algunas veces, como si estuviese bajo el imperio de un triste presentimiento, el venerable anciano añadía: — «Si algún día tu espada y tu fidelidad son necesarias al Rey, yo sé que olvidarás noblemente toda preocupación personal para seguir el ejemplo de abnegación de tus antepasados. Mas una vez conjurado el peligro, cualquiera que sean los favores que el porvenir te reserve, acuérdate de mis consejos y vuélvete á Kermadec. Aquí residen el reposo y la paz del alma, y si cambias tu destino quizá la perderías para siempre.»

Al año siguiente, dos acontecimientos trajeron casi al mismo tiempo al castillo la alegría y el dolor. El nacimiento de una niña vino á colmar los deseos de la señora de Kermadec, y el viejo conde Reginaldo murió. A la niña se la puso por nombre Diana; su presencia y los cuidados que reclamaba pudieron atenuar el vacío que el anciano señor dejaba en el castillo. Mucho más joven que sus hermanos, Diana era la niña mimada de toda la familia: á medida que crecía, descubríase en ella extraordinaria vivacidad, que hacía la felicidad de su padre, pero que causaba mucha inquietud á la señora de Kermadec. Una imaginación ardiente en una joven es muchas veces un don funesto. Paul y René tenían como preceptor á un sacerdote instruido é ilustrado, el abate Raynal, á quien fué también confiada la instrucción de Diana. Dotada de una inteligencia precoz se apasionó por el estudio de la historia, y se entregó á él con tanto ardor que hubiera podido ser perjudicial á su salud si no se hubiese fortificado por medio de ejercicios corporales. El conde, encantado de los progresos de su hija, se complacía en contarle los hechos de armas en que sus antepasados habían tomado parte, y le gustaba la exaltación que semejantes relatos excitaban en su imaginación tierna. La condesa sufría de oír que Diana envidiaba la suerte de ciertas heroínas de la historia, y deploraba en el fondo de su corazón la educación viril que su padre le daba. Desde su niñez Diana había recibido de Mr. de Kermadec lecciones de equitación. A los trece años, perfecta amazona, seguía por doquiera á su padre y á sus hermanos, desplegando una temeridad que muchas veces les asustaba á los tres. Antonio la acompañaba sólo algunas veces; la loca muchacha tenía entonces gusto particular en redoblar su imprudencia, para así poner al fiel servidor en continuas angustias. Orgulloso de hallar en su hija las cualidades que en otro tiempo hubiera deseado á la condesa, Mr. de Kermadec reprendía, sin embargo, tales locuras que podían traer graves consecuencias. Sin embargo, el mejor corazón y el más generoso se escondía bajo un exterior decidido: Diana no dejaba ningún afligido sin consuelo, ningún enfermo sin socorro, y por eso era conocida y bendecida de todos los habitantes de las cercanías. En medio de sus raros y extravagantes ejercicios, daba pruebas de sensibilidad extremada. Un día en la sala de armas pegó á René en el corazón con la punta de la espada. — «¡Bien! — gritó el conde — si vuestro combate hubiese sido serio, habrías matado á tu adversario.» La joven palideció, y tiró su arma lejos de sí. Muchos días pasaron sin que su padre pudiera decidirla á coger de nuevo un florete; mas la fuerza de la costumbre la trajo insensiblemente á la sala de armas. En otra ocasión, habiéndose separado de sus hermanos en una partida de caza, volvió al poco tiempo con las lágrimas en los ojos. — «¿Qué tienes, hermana mía? — preguntó Paul inquieto. — ¿Te has herido?» Diana le llevó á corta distancia, y enseñándole un joven ciervo que acababa de matar: — «No — dijo con voz alterada — yo no padezco; mas el pobre animal que ahí ves no murió en seguida; he visto lágrimas en sus ojos y he llorado con él, juzgándome cruel en haberle hecho padecer.» Semejantes incidentes llevaban al alma de la condesa una alegría pasajera, y redoblaba sus consejos y sus ruegos para traer á Diana á las ocupaciones que la convenían. Acaso lo hubiese logrado sin los desastrosos acontecimientos que no tardaron en estallar.

(Se continuará.)

CONOCIMIENTOS UTILES

Abono químico.—El llamado *abono floral*, que se prepara en Francia en la fábrica Dundony, da buen

resultado, no sólo en jardinería, sino que también para diversos cultivos agrícolas. Se compone de los siguientes elementos:

Nitrato amónico.....	400
Bifosfato amónico.....	300
Nitrato potásico ó salitre.....	250
Sulfato de cal ó yeso.....	60
Sulfato de hierro ó caparrosa verde..	40

Se usa esta preparación diluida en agua en la proporción de cuatro gramos de abono por un litro de agua; una solución más concentrada podía comprometer la vida de las plantas.

Con este líquido se riega la planta cada dos ó tres días, y surte el efecto de aumentar su vigor y lozanía, aun cuando viva en un terreno arenoso ó de malas condiciones vegetativas.

Tinta superior.—Póngase en infusión libra y media de agua de lluvia y tres onzas de agallas cortadas en pedazos pequeños; expóngase todo al sol por espacio de dos días; añádanse dos onzas de vitriolo romano bien pulverizado; revuélvase la mezcla con un palo de higuera, y vuélvase á poner al sol otros dos días: luego se le añadirá una onza de goma arábiga bien lustrosa y transparente, reducida á polvo, y otra de cortezas de granada; hágase hervir á fuego lento, cuélese, y se obtendrá una tinta excelente y de un color negro azulado.

Jarabe de ioduro de hierro.—Con objeto de obtener un jarabe de ioduro de hierro inalterable, Mr. Percy propone preparar por el método ordinario una solución de ioduro ferroso, á la cual se añade glicerina (30 gramos por cada 15 de iodo).

Esta solución se vierte en el jarabe glucosa, y si bien al principio se enturbia algo, después resulta transparente, de color verde pálido, y se conserva sin alteración por el tiempo ni la temperatura.

La glucosa sirve también para impedir la alteración que experimenta el jarabe de escila.

Para tapar botellas.—Para cerrar las botellas que contengan líquido alcohólico no conviene usar el lacre, porque es disuelto ó reblandecido por el alcohol; así es que se usa, entre otras preparaciones, un mastic constituido por

Caoutchouc.....	200 gramos
Sebo.....	125 —

cuyos ingredientes se derriten á fuego lento en un recipiente de hierro estañado, y luego se añade 200 gramos de talco de Venecia finamente pulverizado, removiendo bien la mezcla para que resulte bastante homogénea. Se tapa la botella ó frasco con un tapón de corcho, y encima se aplica en caliente el mastic de que se trata, que al enfriarse forma una costra dura y permanente que cierra herméticamente la botella.

UN TALLER CATÓLICO

Pese á la acreditada modestia del que va á ser objeto de estas líneas, vamos á relatar un hecho de verdadera caridad.

El Jueves Santo próximo pasado, un conocido industrial recogió doce pobres en su casa, les lavó los pies y las manos, les vistió un traje nuevo, compuesto de calcetines, calzoncillos, camisa, pantalón, chaleco, cazadora, gorra y calzado, después se sentó á la mesa con ellos y dió gracias al Omnipotente por haberle permitido repetir este año lo que ya viene haciendo algunos, comió con ellos una sustanciosa comida de vigilia, concluyendo por besarlos en la frente y despedirlos cariñosamente.

Para este acto verdaderamente caritativo don Camilo Laorga, el generoso anfitrión, no invitó á nadie, no hizo ninguna ostentación; su familia presenció el acto, sus hijos y dependientes le ayudaron en la grata faena.

¿De qué manera comentar esta noticia? De esta sola: que Dios le dé al Sr. Laorga fuerza y salud para repetir muchos años tan cristiana práctica.



Encomendamos á las oraciones de nuestros amigos el alma de la Sra. Doña Concepción Romeo de Alcón, esposa y madre respectivamente de los reputados médicos de este apellido, que, cargada de virtudes y merecimiento, ha descansado en el Señor el Sábado Santo.

Goce del eterno reposo y envíe desde el cielo á su familia la resignación que vivamente la deseamos.

Madrid, — Tipografía del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús Juan Bravo, 5 (barrio de Salamanca).